

REVISTA

CLAR



CONFEDERACIÓN LATINOAMERICANA DE RELIGIOSOS · CONFEDERAÇÃO LATINO-AMERICANA DOS RELIGIOSOS
CONFEDERATION OF LATIN AMERICAN RELIGIOUS · CONFEDERATION LATINOAMERICAINNE DES RELIGIEUX

Año LV - No 2 / Abril - Junio 2017



“Al encuentro de la vida”

Revista CLAR

Año LV - N° 2
Abril - Junio 2017
ISSN: 0124-2172

Revista Trimestral de Teología de la Vida Religiosa
Publicada por la Confederación Caribeña y Latinoamericana de Religiosos/os - CLAR

Directora:	Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Consejo de dirección:	P. Alberto Cristóbal Luna Pastore, SJ Hna. Altagracia Ortiz Mena, SS.CC. Hno. Leonardo Enrique Tejero Duque, FSC Hna. Elsie Auzier Vinhote, ASC Hna. Luz Marina Valencia López, STJ
Consejo de Redacción:	Hna. Josefina Castillo, ACI Hna. Beatriz Charria, OP
Revisión de estilo:	Hno. Bernardo Montes, FSC Hna. Mónica Benavides Dominguez, HDV
Consejo editorial:	P. José María Arnaiz, SM Hna. Maricarmen Bracamontes, OSB Hna. Ángela Cabrera, OP P. Guillermo Campuzano Vélez, CM Hna. Maria Freire da Silva, ICM P. Jean-Hérick Jasmin, OMI P. Marco Tulio Recinos Torres, C.Pp.S. Hna. María Cristina Robaina Piegas, STJ Hno. Afonso Tadeu Murad, FMS
Editora:	Hna. Luz Marina Valencia López, STJ
Diseño y Diagramación:	Martha Viviana Torres
Imagen de carátula:	CIRM

NOTA: Las ideas expresadas en los artículos son
responsabilidad de sus autores.

Información para suscripciones 2017

Colombia: \$70.000
América Latina y el Caribe: US \$70
Europa: € \$65 (efectivo)
Resto del mundo: US \$80

Suscriptores en Colombia, cancelar directamente en la Sede-CLAR o consignar en la Cuenta Corriente No. 014790364 del Banco GNB-Sudameris a nombre de Confederación Latinoamericana de Religiosos - CLAR. Enviar comprobante de consignación al fax (1) 2175774. Para consignaciones nacionales (fuera de Bogotá), el valor a consignar es de \$75.000 que incluyen los costos de comisión.

Suscriptores de otros países, girar cheque en dólares pagadero en un banco de Estados Unidos por el valor correspondiente, a nombre de la Confederación Latinoamericana de Religiosos - CLAR y enviarlo por correo certificado a la Sede-CLAR en Colombia.

Administración:

Calle 64 N° 10-45 piso 5°
Tels. (57-1) 3100481 · Fax: (57-1) 2175774 · Apartado Aéreo 56804
E-mail: revistaclar@clar.org · www.clar.org

Bogotá, D.C. - Colombia

Impresión:
EDITORIAL KIMPRES S.A.S.
Impreso en Colombia

- 4 **Editorial**
Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, FSpS

Reflexión

- 8 Buscando la cultura de encuentro
P. Gregory Kennedy, SJ
- 14 Los encuentros con Jesús
Hna. Ángela Cabrera, MDR
- 23 El encontrarse en la misión
y en la vida compartida de los laicos y religiosas/os, lo es todo
P. José María Arnaiz Tubilleja, SM
- 36 Una reflexión desde los rostros interpelantes
de los migrantes en el mundo
P. Emmanuel Cerda Aguilera, CS
- 42 La práctica de la hospitalidad
genera una cultura de encuentro
Comisión Bíblica-CLAR

Experiencias

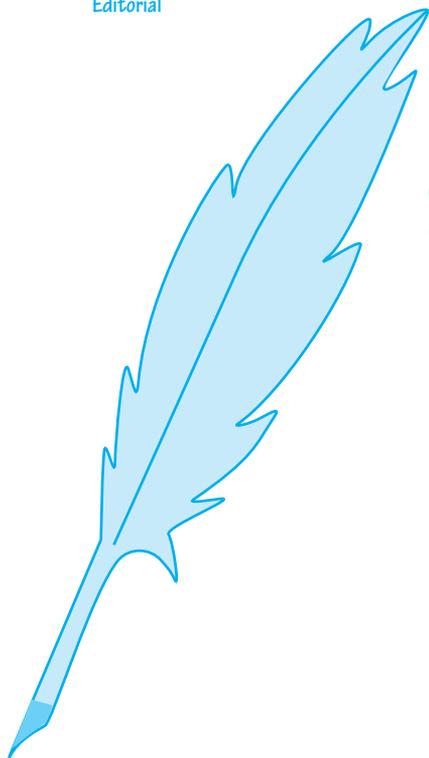
- 50 Un encuentro con el Dios compasivo y misericordioso
presente en las personas víctimas de la Trata
Comisión de Trata
- 55 Desafíos de la cultura del encuentro para las NNGG
Comisión de NG
- 61 Experiencias de la cultura del encuentro
en lo Afro e Indígena
Comisión Intercultural
- 69 Experiencia Intergeneracional Laicos y Vida Consagrada
Yolanda Barrios Mora

Subsidio

- 76 Cultura del encuentro: desde el estilo relacional de Jesús
y en vista a la salida misionera
Hna. Altagracia Ortiz Mena, SS.CC.

Reseña

- 85 El Pacto de las Catatumbas
P. Jean Hérick Jasmin, OMI



Editorial



Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, F.Sp.S.
Presidenta de la CLAR

Hace unos años, cuando contemplábamos el icono de Betania, la Revista CLAR dedicó un número a la reflexión sobre “Betania, Casa del encuentro”. Contemplamos entonces a Jesús, en su capacidad de generar encuentros para la vida, encuentros que resucitan y que suscitan gestos de servicio, de escucha atenta, de derroche del amor; encuentros que van configurando una Vida Consagrada como *casa, mesa, banquete, derroche de ternura, fiesta de la vida*.

En esta ocasión abordamos el encuentro a partir de la contemplación del actual Horizonte Inspirador: la Visitación. *María, es la Mujer que inaugura y pone los criterios para encontrarse con el Señor¹ y con las y los demás*. Su capacidad de encuentro parte de una experiencia de profunda soledad, es decir, de profunda interioridad; interioridad visitada por Dios y por lo tanto fecundada por su mirada llena de amor y ternura, llena de compasión por la humanidad y la creación. Sólo desde una soledad fecunda se da la posibilidad de los encuentros más verdaderos. Dice Mons. Pedro Casaldáliga en uno de sus hermosos poemas sobre María: “María soledad, capaz de acompañarte totalmente”,

¹ Hna. Ángela Cabrera

y por lo mismo, capaz de acompañar y encontrarse con la humanidad y la creación entera.

El Documento de Aparecida está habitado por la palabra encuentro, y nos llama a recordar que el Evangelio es la buena noticia de que Dios siempre *primerea* y sale a nuestro encuentro, que su manera de ser es así. Por lo tanto, la manera de ser de todo discípulo y misionero es ser persona que sepa *primerear*, encontrarse. En la *Laudato Si* nos dice el Papa Francisco que *la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad*². Una VC más viva y más consagrada, necesariamente necesita convertirse a la cultura del encuentro en todos los sentidos.

Encontrarse es construir puentes y derribar muros, es “desafiar a la cultura del desencuentro, la fragmentación y el desecho”³. Los encuentros nos cambian la vida y vamos siendo lo que somos por ellos. Nos ponen en actitud de éxodo, de salida, de Visitación.

María de la Visitación, pasa de la soledad-interioridad al acontecer, a la historia, al encuentro. Es así como se da una auténtica experiencia de Dios. Ella nos muestra que esta experiencia de Dios tiene dos pies: uno puesto en la experiencia del amor de Dios que nos ha visitado, y otro puesto siempre en el camino que necesitamos recorrer para ir al encuentro de las y los demás. Los dos pies son indispensables para que la experiencia de Dios sea cristiana, sea encarnada, sea Visitación. Los dos pies, siempre en movimiento cordial: de sístole y diástole.

Uno de los compromisos que como CLAR hemos hecho durante este trienio, es el de *dinamizar la cultura del encuentro, fruto e impulso de nuevas dinámicas de relaciones, que se constituyan en criterio trans-*

² Laudato Si 240

³ P. José María Arnaiz

versal de todos los compromisos que hemos asumido y den un impulso humanizador a nuestras comunidades en salida misionera.

Queremos dinamizar esta cultura desde una VC más orante, que experimente la Visitación cotidiana de Dios; que favorezca el encuentro profundo entre hermanas y hermanos de comunidad; que ensanche la tienda de su corazón dejando que la habiten las familias carismáticas. *No hay duda de que un nuevo encuentro, una mayor compañía e interacción entre laicos y religiosas/os llevará a hacer y ser más de lo que hacemos y somos. Juntas/os somos más y mejores. Esto exige tienda nueva*⁴.

Se trata de caminar hacia un nuevo paradigma, que nos lleve de la acogida al encuentro, del encuentro al cuidado⁵. Consiste en sabernos encontrar, como VC, con la vida *descartada, excluida, enferma y muchas veces fracasada*⁶, para ser lugar y espacio de humanización. Implica encontrarnos con los clamores de Dios en la vida, y unirnos como VC para elevar nuestras voces, *para que cese el odio, la violencia, y la injusticia*⁷. El encuentro, cuando se da desde la experiencia de Dios, que es contemplación y salida, se vuelve auténtico y solidaria profecía.

Necesitamos formarnos en la cultura del encuentro, de manera que junto a las nuevas generaciones seamos una VC que apuesta por la vida, que sale de sus comodidades y se une con otros para responder ante tanto sufrimiento. Una formación que facilite el diálogo intergeneracional, la valoración mutua. La cultura del encuentro nos lleva también a encontrarnos con la fuente y la raíz de nuestros carismas, y por lo tanto a actualizarlos al impulso del Espíritu, porque todo encuentro es transformante.

El mundo actual, saturado de tecnología, nos desafía a no dejarnos encandilar por ella, pues aunque nos proporcione muchos beneficios, nunca podrá suplir la calidez de los encuentros verdaderos⁸.

⁴ P. José María Arnaiz

⁵ Cf. Comisión Bíblica CLAR

⁶ Cf. Comisión de Trata CLAR

⁷ P. Mario Pulido

⁸ Cf. Ana Rubia Pereira

Somos conscientes de que la VC necesita salir con más fuerza al encuentro intercongregacional, donde en el contacto con las y los demás, nuestra identidad se enriquezca; decidírnos a visitar las diferentes culturas afro, indígenas, mestizas, europeas, para conocerlas mejor y valorarlas, para percibir que en cada una de ellas salta la vida, y en el encuentro con ellas nos acogemos y servimos mutuamente⁹. La cultura del encuentro es nuestra manera de ser y hacer Iglesia, de construir la comunión, de concretizar la caridad, de ejercer la misericordia¹⁰.

Encontrarse es todo, dice el P. José María Arnaiz. Ésta es nuestra convicción, y desde ahí queremos ser una VC que acompaña, camina y comparte¹¹; que *“sale a prisa al encuentro de la vida”*. Que María de la Visitación nos conceda hacer vida esta profunda convicción. Así sea.

⁹ H. Gustavo Luís Prado Ribeiro

¹⁰ Cf. Yolanda Barrios

¹¹ Cf. P. Emmanuel Cerda

BUSCANDO LA CULTURA DE ENCUENTRO

P. Gregory Kennedy, SJ*

Resumen:

Los místicos saben muy bien que Dios se puede contemplar en todo. Sin embargo, en una cultura de encuentro hace falta un mínimo de misticismo. Diversamente, nadie encontraría nada. El misticismo, por su parte, aunque se acomoda a cualquier realidad, realmente medra donde hay árboles, flores, ríos, mares, montañas, animales, sonidos distintos al tráfico y a los aparatos, todo lo que se suele llamar la naturaleza. La cultura que nace del encuentro con las cosas no humanas, cimienta una civilización justa, sana y alegre.

Cuando alguien te dice: “¿Cómo te encuentras?” puede ser la pregunta más impostergable que existe. Planteada de una manera profunda, va mucho más allá de la mera cortesía, que prescribe las normas de convivencia cotidiana, o de la mera curiosidad, que interroga casualmente sobre el estado de ánimo de una persona. En efecto, esa pregunta toca el meollo existencial, porque pretende entender el método propio de autoconocimiento: ¿Qué haces para entrar en ti mismo y hallar

* Acaba de regresar a Canadá después de casi tres años de estudios y trabajo en Colombia. Ahora sirve como acompañante espiritual en la casa de ejercicios, Loyola House, en Guelph, Ontario, Canadá. Dicha casa se sitúa en medio de 300 hectáreas de bosque y campos certificados orgánicos, su misión es unir cada vez más la espiritualidad ignaciana con el cuidado de y la convivencia con la creación. Actualmente colabora con la CLAR.

ahí tu verdadero ser? La pregunta es muy importante porque, aparte de decir que Sócrates tiene razón cuando dice que la vida sin examen no merece la pena, también en la ausencia de una respuesta adecuada, se puede vivir perdido por años, décadas y hasta toda la vida. Qué desperdicio sería llegar al final del camino terrenal y caer en cuenta de que la persona que pronunciaba tanto tu nombre resulte ser un forastero con lengua y costumbres incomprensible.

Si vuelven a repetirte: ¿Cómo te encuentras? ¿Qué haces a diario, o por lo menos regularmente, para ubicarte y estar seguro de donde estás? Sin esta información, resulta muy difícil conocerte, puesto que el dónde estamos influye mucho en lo que somos. De hecho, la brecha que se ha abierto entre el dónde y el quién, a causa de toda la gama de tecnologías, incluyendo carros, computadores y celulares, entre muchos otros aparatos, truncan el espacio físico y nos hacen olvidar, a menudo, del cómo, influye la geografía sobre nuestra identidad. Así, al preguntar: ¿Cómo te encuentras?, también se indaga la relación entre tus acciones rutinarias y el lugar donde éstas suceden.

Hay sitios privilegiados en los cuales, generalmente, las personas no necesitan esforzarse para encontrar quiénes son. Es decir, ciertos lugares se prestan para la reflexión interior y para encontrar soluciones a inquietudes existenciales, aunque no las garantizan. Por supuesto, capillas, santuarios, templos, y otros edificios sagrados se diseñan para este propósito. Sin embargo, aún más sobresaliente en este sentido, es lo que se suele llamar naturaleza. Cuando se les pone a las personas la tarea contemplativa de imaginarse en un sitio donde sientan paz, reposo, tranquilidad y libertad, la gran mayoría vuelve su mirada imaginativa a visiones de bosques silenciosos, playas inmensas, montañas imponentes y prados verdes. Si, por instinto, buscamos nuestra paz y calma en zonas naturales cuando nos proponen encontrarlas, no podemos negar que, en algún nivel bastante profundo de nuestro ser, nos sentimos ligadas/os y relacionadas/os con dichos lugares.

La razón es tan obvia como olvidada. Estamos hechos de los mismos materiales y minerales que constituyen los árboles, la arena, las rocas y la hierba. Los

astrónomos nos dicen que todos los planetas, dentro de nuestro sistema solar, nacieron de la explosión de una sola estrella, que a su vez, había sido formada al estrellarse con otra aún más antigua. Así, la ascendencia de todo el universo se puede trazar hasta el origen de un único reventón generador. Thomas Berry, sacerdote y ecoteólogo estadounidense, lo describe así:

El estallido de la energía primordial contuvo todo lo que ocurriría en las largas series de transformaciones que conduciría al universo a su modo actual de ser. El momento originario del universo fue la forma implícita del presente, así como el momento presente es la forma explícita del momento originario. El surgimiento primordial fue el comienzo de la historia de la Tierra, además del comienzo de la historia personal de cada una/o de nosotras/os, ya que la historia del universo es también la historia de cada cosa dentro del universo¹.

Se podría entonces decir, que en cuanto más se conoce el universo, más íntima es la compren-

sión de la propia existencia. Cier- to, las ciencias de astronomía y física enriquecen mucho este conocimiento; pero no hay que ignorar que saber y conocer no significan siempre la misma cosa. Se saben hechos y datos, mientras se conocen personas y de otra manera interesante sabemos que hay casas, ciudades, parques, ríos, países, etc. Para saber, basta estudiar. En cambio, para conocer, es necesario pasar tiempo con la persona o lugar en cuestión, así como, interactuar y meterse en su realidad. Leer un libro de Stephen Hawking o ver un programa en el canal Discovery, puede multiplicar el conocimiento del universo. Excelente. Ahora, utiliza tal información para estar en el universo.

¿Qué tontería se dice aquí? No es posible no estar en el universo, porque éste abarca todo, al menos lo físico. Sin embargo, por lo general, vivimos casi todos en contradicción a la exhortación, lanzada desde tantos púlpitos a lo largo de la historia cristiana, de que estamos en el mundo pero sin ser del mundo. Más bien, resulta que somos del mundo, pero muy pocas veces estamos verdaderamente dentro de él. Es decir,

¹ Berry, Thomas, "The Earth Story" en *The Great Work* (New York: Bell Tower, 1999). P. 27. Traducido por Gregory Kennedy.

normalmente, andamos inconscientes de nuestra pertenencia completa a la creación, como si no fuésemos hechos de ella enteramente. Si no experimentamos esta conexión fundamental palpablemente, si la vivencia vital de sentirse parte esencial de la creación no se hace carne en nuestra vida corriente, nunca vamos a conocer el universo. Tampoco, por lo tanto, vamos a encontrarnos.

De ahí la importancia de buscar espacios en nuestra cotidianidad para estar plenamente en los lugares donde nos encontramos. Para, en términos de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, “sentir y gozar” profundamente la complejidad, belleza y atracción de la red infinita de relaciones que nos realizan. Esto no es perder tiempo. Esto se llama oración. Según el Papa Francisco:

Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en

comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad².

Entonces, volvamos a la pregunta orientadora: ¿Cómo te encuentras? ¿Qué prácticas haces para tocar la realidad de tus conexiones universales y conocer lo que te constituye? Las posibilidades son innumerables: sembrar una huerta; cuidar a una criatura, humana o de otra especie; escuchar la sabiduría de un árbol; caminar con atención plena; abrazar con todo cariño, respirar conscientemente; orar por el bienestar de todos los seres; mirar el cielo; colaborar en campañas o proyectos ecológicos; cocinar y comer con gratitud y conciencia; escuchar atentamente la música de un pájaro, de Bach o de los Beatles. Abrirse. No todo tiene que ver con la naturaleza originaria. Igualmente, estamos muy conectados, demasiado conectados, a las cosas artificiales de nuestro mundo. Estas también hacen

² Papa Francisco, *Laudato Si*, #240.

parte de la creación y debemos dejarles manifestar su conexión. No obstante, ver el universo en la llanta plástica de un bus nos suele costar más, que verlo en la exquisitez de una orquídea. Respondemos más fácilmente a la llamada mística de la naturaleza, que a aquella que recibimos a través de dispositivos manufacturados. No quiero decir que sea imposible, sino que, requiere más imaginación y santidad para lograrlo. “No es propio de habitantes de este planeta vivir cada vez más inundados de cemento, asfalto, vidrio y metales, privados del contacto físico con la naturaleza³.”

Asimismo, ¿Cómo te encuentras? es una pregunta social, ya que, en últimas, muchas de las prácticas posibles se ofrecen o se limitan según la sociedad anfitriona. Si no se consiguen semillas para sembrar, ni parques con árboles, ni aire puro para respirar profundo, ni lugares de tranquilidad donde el cuerpo humano pueda bajar las defensas necesarias para sobrevivir al estrés urbano y palpar su propia pertenencia al universo, se obstaculiza mucho la oportunidad de encontrarse. Por eso, la trascendencia de la cultura del encuentro. La cultura debe

proporcionar los espacios para encuentros ecológicos-universales. Más aún, la cultura se puede medir según su capacidad de otorgar dichos espacios. En cambio, una cultura que no les brinda a sus miembros humanos lo necesario para que descubran, experiencial y existencialmente, su interdependencia e interconectividad con la totalidad existente, estrictamente no merece el título de “cultura”. Más bien, se debería llamar, autismo colectivo, porque no sabe socializar verdaderamente, es decir, asociar los elementos que componen al ser humano en su nivel más básico.

Resulta que, antes de poder encontrar dónde estamos y quiénes somos, necesitamos buscar una cultura que nos mueva al encuentro con nosotras/os mismas/os como tales, o sea, criaturas que estamos dentro y dependientes de la creación universal. “La cultura no sólo está en el sentido de los monumentos del pasado, sino especialmente en su sentido vivo, dinámico y participativo, que no puede excluirse a la hora de repensar la relación del ser humano con el ambiente⁴.” Efectivamente, la cultura no se puede excluir del encuentro con la creación, no

³ Papa Francisco, *Laudato Si*, 44.

⁴ Papa Francisco, *Laudato Si*, #143.

solamente por la razón obvia de que el ambiente moldea la cultura endémica, sino también porque, como advierte Thomas Berry, la cultura humana ha asumido el papel que antes tenían los instintos como motor de la evolución. Ahora, la protagonista más grande de los cambios geográficos, climáticos y biológicos en la Tierra, es la colectividad de las “culturas” actuales. Si no se alcanzan a encontrar dentro de dichas culturas elementos que ayuden a fomentar nuestra convivencia universal, desaparecerán las mismas condiciones que permiten el proceso de crear culturas verdaderas, capaces de ubicarnos, y hacer que nuestras vidas sean significativas, dentro de la historia evolutiva del universo.

Una última vez se interroga: ¿Cómo te encuentras? En su época, Jesús atraía a muchos, porque siempre se presentaba seguro de dónde venía. Jesús nunca dudó en proclamar que Él pertenecía al Padre. Ahora bien, este mismo Pa-

dre, según las Escrituras hebreas de las que Jesús era maestro, es creador del universo, salvador del pueblo, dueño de la historia, quien entra en los pormenores de la vida terrena, para guiarla hacia la justicia y la abundancia. Jesús se ubicaba consciente y ciertamente dentro de esta gran historia y su auto ubicación ha ayudado a muchas personas a encontrarse a lo largo de dos milenios. Asimismo, tenemos que situarnos con la misma certeza en la creación siempre cambiante y orientada por Dios Creador, quien se involucra misteriosamente en la evolución de su creación. Es un don. Una vez identificados en el tejido divinamente fino de las relaciones que construyen el universo, nos ponemos al lado del Hijo definitivamente, el gran amador del mundo. Busquemos una cultura de encuentro universal, para que nos involucremos como colaboradores de una cultura culta que nos haga apreciar y cuidar el milagro de nuestra pertenencia a todo.

LOS ENCUENTROS CON JESÚS

Hna. Ángela
Cabrera, MDR*

* Religiosa de la Congregación Misioneras Dominicanas del Rosario. Hizo Licenciatura en Ciencias de la Religión. Posteriormente vivió en Nicaragua donde se dedicó a la formación bíblica para líderes cristianos, y formandos de la Vida Consagrada. En 2006 inicia sus estudios de posgraduación en São Paulo, Brasil. Concluye el bachillerato en teología, la maestría, y posteriormente el doctorado en el área bíblica. Es profesora de Sagrada Escritura en el Centro de Teología Santo Domingo de Guzmán y en el Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino. Directora Nacional de las Escuelas de Teología para Laicos del Instituto Nacional de Pastoral, y Decana de la Facultad de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica Santo Domingo. Colabora en proyectos de formación y de retiros espirituales en la Conferencia Dominicana de Religiosos. Es investigadora. Ha escrito varios libros y numerosos artículos de utilidad académica y pastoral.

Resumen:

Este artículo muestra un pequeño recorrido sobre los encuentros con Jesús en los evangelios. En un primer momento, parte de Dios Padre, como origen, motor de todo encuentro fecundo generador de vida, justicia y santidad. Posteriormente, detiene la mirada en la madre María, como mujer que inaugura y pone los criterios para encontrarse con el Señor. Presenta las repercusiones y consecuencias de tal aproximación íntima, así como los frutos que de ella se generan. ¿Qué significa estar con Jesús? En Marcos 1, 17 adelanta que llama a estar con Él para enviar a predicar con la fuerza del Espíritu Santo. Para hablar sobre Jesús es necesario estar con Él. Para ser en Él, es preciso transformarse en el fuego de su presencia. Que esta pequeña reflexión anime a la Vida Religiosa a ser discípula, a los pies del maestro, y misionera, participe de la vida salida de las entrañas del Padre (cf. Aparecida, 131).

Palabras clave:

Encuentro - Sanación - Transformación - Conversión - Predicación - Misión - Salvación

Encontrarse es cosa de Dios

Dios no sabe estar solo, literalmente solo; además de aburrido, estar y vivir solo debe ser muy triste. Aunque Dios posea divina autenticidad en su propia esencia, su naturaleza es comunitaria. Ha salido de Él mismo para hacer participar a la humanidad de su gloria (cf. Aparecida, 129). En este sentido, la Teología Bíblica lo muestra diligenciando los preparativos para el encuentro con su pueblo (Ex 25, 22). Como una persona enamorada se alista para recibir a su amor, Él se empeña para que los detalles permitan la experiencia. Es en este contexto donde nos llega la imagen de la “tienda del encuentro” (Ex 30, 18).

En la tradición bíblica, se esperaba que el pueblo viniese donde Dios había prometido estar. Nunca faltó a su compromiso. Pero nunca dejó sin compromiso a quien se encontrase con Él. La unión de ambas partes, aun con intermediarios, transformaba al lugar en espacio sagrado, santidad que abrazaba, de manera especial, a las personas (Ex 29, 43). El lugar de experiencia o de encuentro queda grabado como un memorial bendito. Lo vivido reviste de sa-

cralidad la experiencia. Notamos, a su vez, que ya en la tienda, en la montaña, en el desierto o en el camino, el encuentro acontece sin interferencias geográficas, porque donde está el deseo o la necesidad se inaugura el espacio predilecto para encontrarse. Quiere decir que estando en camino puede suceder el encuentro: “Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz para mi sendero” (Sal 119, 5).

Son evidentes iniciativas creativas surgidas por la urgencia del amor: “Dios se nos ha aparecido” (Ex 5, 3). Sale al encuentro las veces que sean necesarias (Nm 23, 3). Sorprende en cualquier espacio o momento, sin previo aviso. Su proximidad es como fuego ardiente incesante en cuyas llamas se invita a despojarse de las propias sandalias, de las pequeñeces humanas, empolvadas, limitadas, que estorban la dignidad del proyecto a ser compartido (Ex 3, 5). Quitarse las sandalias es un acto de reconocimiento, y también una manera de permitirse tocar la tierra, sentirla, impregnarse, empaparse de Dios, desde las plantas de los pies hasta más allá de los pelos de la cabeza.

En resumen, podemos afirmar desde la Carta a los Hebreos que muchas veces y de muchas maneras, se ha “encontrado” Dios en el pasado “con” nuestros padres por medio de los profetas y las profetisas. Pero en los últimos tiempos lo ha hecho por medio de su Hijo (cf. Hb 1, 1-2). La encarnación puede considerarse el máximo escándalo del amor de Dios, la más relevante de sus innovaciones para darse a conocer de manera perfecta, e invitarnos integralmente a vivir en su perfección, en un encuentro sin fin.

María: pionera del encuentro con Jesús

Si hoy hablamos, desde la fe cristiana, de la cultura del encuentro, es porque una mujer, por encima de cualquier obstáculo, se dispuso a creer en esta locura. Abriendo el Evangelio se halla la afirmación de que lo engendrado en su vientre es del Espíritu Santo (Mt 1, 20). Ella, quien fue encontrada por el ángel en su espacio cotidiano (Lc 1, 26-28), se traslada como sagrario itinerante a la casa de Isabel, promoviendo con profundo sentido teológico, la cultura del encuentro

(Lc 1, 39-45). María establece los criterios del encuentro con Jesús: la humildad precede todo intento de tal aproximación. El Papa Francisco recuerda que ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, quien dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar¹.

El niño Jesús, Dios hecho carne, no tuvo reparo de salir al encuentro. Indefenso, tierno, pequeño, necesitó ser acogido y encontrado. Es así como María y José son, en un primer momento, responsables de la tarea divina. Sin tener suficiente claridad, colaboran para favorecer el encuentro con el Niño. Invierten sus escasos recursos, así como sus más valiosos tesoros: su tiempo, sus propias personas, sus actitudes de acogida, paciencia y gratitud, para que otras personas lo colmen de amor, reverencia y ternura (Mt 2, 7-12).

Los magos nos enseñan cómo hemos de llegar y estar en el encuentro: caminan en búsqueda, observan las señales con atención, disfrutan el trayecto con alegría, porque la alegría consiste

¹ Cf. Monseñor de la Rosa y Carpio, “Así lo dijo el Papa Francisco sobre la Virgen María en el año 2015”. Periódico *El Caribe*, 29/10/16.

en caminar hacia el encuentro, entran al lugar, porque ya María tiene el espacio abierto. Interesa notar el detalle del texto “vieron al niño con María, su madre” (Mt 2, 11); todo indica que lo tenía enfrente, en el centro, como lo más importante. Ella pone al Hijo fácil de encontrar. Ni siquiera preguntan por él, lo descubren inmediatamente. No establecen diálogo con ella. Van mudos al objetivo. Sin embargo, esta mudez ha de ser interpretada como el regocijo mariano, pues su felicidad es que la humanidad lo descubra como ella lo ha descubierto. Una vez dentro, los visitantes se postran, se abajan, reconocen, identifican, adoran. Seguidamente abren sus cofres y ofrecen sus regalos (Mt 2, 11).

En otra escena, Lucas 2, 22 dice: “llevaron a Jesús”; sí, lo llevaron sus padres al templo para presentárselo al Señor. El viejo Simeón lo descubre; él nos dice que del encuentro con Jesús nace la profecía. También, Ana argumenta, con su testimonio, que de la proximidad con Jesús se recobra el sentido y la revitalización de la vida: al encontrarlo, habla de él para todos los que aguardaban la realización de las promesas (Lc 2, 38). En contacto con Jesús se ocupa el tiempo alegremente.

Ese pequeño Jesús, que iba creciendo, fortaleciéndose, llenándose de sabiduría y gracia (Lc 2, 40), un día se perdió. Se perdió el que habían encontrado. Se le desarrollaron las facultades y empezó a marcar nuevos rumbos. Fue encontrado a los tres días en el templo, reunido con los maestros, haciéndoles preguntas y conversando (Lc 2, 46). Interesa destacar el espacio del encuentro de Jesús con los adultos de la tradición, los temas entablados, sus inquietudes. Aun, a su edad, no está dando respuestas, sino haciendo preguntas.

Jesús sale al encuentro

Un encuentro importante es el de Jesús con Juan. Juan, extrañado, le pregunta: -¿y vienes tú donde mí? (Mt 3, 14). ¿Acaso no recuerda la pregunta de Isabel a María?: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Lc 1, 43). Jesús se deja bautizar con agua, por Juan. Un gesto de profunda humildad. Se abrieron los cielos y el Espíritu se hizo presente. Si antes fueron sus padres quienes lo conducían, ahora será el Espíritu (Mt 4, 1).

No todos los encuentros son agradables ni fecundos. También

el diablo quiere ser “encontrado”, y se hace el encontradizo, no sin antes prepararse: se aprende de memoria trechos de la Sagrada Escritura, con el interés y la pretensión de tentar al inocente: “si eres Hijo de Dios tírate, porque está escrito: a sus ángeles te encomendará, y en sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna” (Mt 4, 6; cf. Sal 91, 11-12). Jesús alerta ante encuentros que matan cuando falta la oración y el sacrificio por la justicia. Estos dos elementos son indispensables para cuando el diablo salga al encuentro se retire frustrado y agotado de tanto tentar sin resultados.

Jesús, una vez experimentado, comienza a convocar a sus discípulos: “Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19). De la misma manera que los pescadores van detrás de los peces, así Jesús desea que los suyos vayan detrás de las personas para conducirlos al encuentro transformante con su Padre. Pescar es disponerse a entrar en contacto con las aguas. No se pesca en la superficie.

Por otra parte, los peces no vienen al encuentro del pescador, sino que el pescador sale al

encuentro de los peces. Así como un pescador se arma de sus herramientas para la pesca, cuanta más cantidad mejor, así mismo los de Jesús han de armarse con todo lo necesario para llevar a cabo su misión. El encuentro primero llena tanto a los discípulos, que dejan sus pertenencias personales sin ninguna frustración. Es el efecto inmediato de haber encontrado el tesoro escondido, de la capacidad para improvisar ante la oferta de un buen negocio (Mt 13, 44).

Jesús extiende su encuentro más allá de los que ha elegido para que estén más cerca de Él. Integra a la gente. Estar con Jesús sana: “Señor, si quieres puedes limpiarme” (Mt 8, 1). Las lepras desaparecen, la parálisis huye, la fiebre se va, los demonios dejan de atormentar, la camilla se toma en brazos, la sangre deja de desperdiciarse inútilmente, los ojos oscurecidos comienzan a ver, los oídos tapados escuchan, las lenguas mudas hablan, las manos paralizadas recobran movimiento, los muertos resucitan, las personas encorvadas se enderezan, los estómagos vacíos se sacian.

Los frutos de esos encuentros jesuánicos tienen que ver con el proyecto de vida mediante las

bienaventuranzas y la invitación fecunda de ser sal, luz, para vivir en justicia y santidad (Mt 5). Se observa que el Señor establece criterios para los demás encuentros interpersonales en la vida cotidiana. En este sentido, todo el Sermón del Monte es magnífico: invita a la discreción, la prudencia, a no juzgar (Mt 6, 16), y sobre todo, señala la regla de oro: “Traten a los demás como ustedes quieren ser tratados” (Mt 7, 12). Jesús deja claro que todo encuentro cristiano ha de estar marcado por la vida y no la muerte. Esta realidad influye en opciones personales sobre las palabras que se elijan comunicar, las actitudes que se desean socializar, las miradas que se quieren compartir, los abrazos que se busquen regalar, las proximidades que se sueñen realizar, los muros que se pretendan derribar con la presencia. ¿Qué distingue nuestra manera de forjar encuentros?

Jesús: un encuentro transformante

Cuando Jesús pasa y se permite el encuentro, las personas no quedan igual. Al llegar Él a la casa de Marta y María surge la novedad: una mujer se sienta a los pies del maestro en horario de

labores domésticas (Lc 10, 38). Cuando el novio está presente los trastes pueden esperar. Los lavados, las faenas siempre estarán, pero Él no. Jesús está quebrando la mentalidad esclavista que no distingue entre lo principal y lo secundario. Las palabras de Jesús embelesan el corazón mediante los oídos atentos de María. Ella posee un corazón que, en ese exacto momento está ardiendo de amor. No sabe de otra cosa, y nada le importa a no ser la sabiduría que la hace plena. María bebe del pozo profundo de las enseñanzas. A Jesús tampoco le interesa otra cosa que no sea formar a una discípula.

La parte esencial, que a María no le será quitada, es la marca de esa experiencia a los pies de Jesús. En cuanto a Marta, le podrán quitar los platos de la cocina, y hasta la misma casa, pero a María nadie le podrá quitar lo que el Señor ha sembrado en ella con su consentimiento. Los afanes de Marta no han de ser juzgados a la ligera. Ella no ha alcanzado el fino discernimiento. No está atravesada, porque piensa estar en lo correcto.

Marta está en su proceso. Todo indica que da el salto, al final del

diálogo aterriza por la intervención última de Jesús en la escena del texto. Ella guarda silencio. No dice nada más. Entendamos que le da la razón al maestro. Pudiéramos interpretar que esta imagen casera del encuentro amistoso entre Jesús y las hermanas dirige a una postura sensata en la vida, acorde a la tradición sapiencial: “Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo” (Ecl 3, 1). En las propias enseñanzas de Jesús se diría: “¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar. Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán, cuando llegue aquel día” (Mc 2, 19-20).

En el Evangelio de Juan se presenta un encuentro fantástico, el de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4). El pozo, esta vez, es el espacio del encuentro. Es un espacio propio de la mujer, en aquella época. Por eso, el agua, el cántaro, el atrevimiento de la conversación, son indicios femeninos que distinguen la narración. Cuando los pozos estériles, a donde se va en búsqueda de agua, ya no ofrecen vida, Jesús brinda un agua nueva. La intuición femenina intuye qué debe pedir de esa

oferta sin pérdida de tiempo: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla” (Jn 4, 15). De ahí que ella deja el cántaro, porque el agua ya mana por dentro de ella misma. Ella es el nuevo cántaro donde el Señor ha depositado su gracia. Es el nuevo odre, donde transportará el vino nuevo.

Jesús: encuentro de salvación

En Juan 8, 1-11 observamos que, de madrugada, estando Jesús en el templo, le llevan una mujer, según los acusadores, sorprendida en adulterio. Él está rodeado de escribas y fariseos, que le citan la ley de Moisés. Se trata de una “perfecta emboscada”, pues capítulos atrás se dice que buscaban atraparlo y no sabían cómo (Jn 7, 44). El punto de atención era apresar a Jesús y, la mujer, solo era para ellos una “carnada”.

Cuando todos los presentes en la escena están esperando que Él comprometa su palabra, con toda paciencia se pone a escribir (Jn 8, 6.8). No importa tanto lo que escribía, sino el espacio de reflexión que se producía en el escenario mientras se agachaba en el suelo. Antes de agacharse, por

segunda vez, dejó caer una estu-
penda cuestión: “Aquel de uste-
des que esté sin pecado, que le
arroje la primera piedra” (Jn 8,
7). Se fueron retirando dejando
sus piedras.

El encuentro con Jesús en Jn
8, 1-11 salva, no solo a la mujer
condenada, sino a aquellos que,
reconociéndose pecadores, no
tuvieron valor para lanzarle pie-
dras. Vemos, en el texto escogi-
do, que la misericordia baja has-
ta la miseria humana: “Se quedó
solo Jesús con la mujer” (v.9). Él
le hace una pregunta, para que
ella misma constate que quienes
le acusaban se han marchado. Ese
diálogo, donde Él la invita a le-
vantarse, irse, y no volver a pe-
car, son los frutos extraordinarios
de un encuentro transformante.

María, quien unge a Jesús en
Betania (Jn 12, 1-11) nos evange-
liza al testimoniarnos el proceso
que se hace, para el encuentro
con Jesús. Otra vez María esco-
ge la mejor parte: sabe emplear
su tiempo, se dedica a la persona
de Jesús, unge sus pies. Se aba-
ja hasta ellos, con sus cabellos lo
seca, se inclina en cuerpo y alma.
Es puro reconocimiento y adora-
ción. Identifica a aquel a quien no
siempre tendrán entre ellos. Los

pobres siempre estarán. No rega-
tea. Es generosa por el amado.
Abrió y derramó el perfume en el
momento perfecto. Toda la casa
testimonia el derroche. La expe-
riencia se divulga. Los comenta-
rios mediocres son re-direcciona-
dos por Jesús, quien legitima la
entrega. Con la presencia de Je-
sús se abraza la vida, la paz y la
resurrección.

En síntesis: del encuentro con
Jesús nace la sanación, transfor-
mación, conversión, y la conse-
cuente vida misionera. Su invita-
ción está siempre latente, como
lo hizo con Zaqueo, nos invita a
bajar del propio árbol para que-
darnos con Él en la intimidad de
nuestra casa, en el calor del cora-
zón (Lc 19, 1-10). Es en el corazón,
donde la palabra y la persona de
Jesús penetran hasta cultivar lo
nuevo que trae. Es el Espíritu San-
to quien asiste para que el hom-
bre y la mujer puedan abrirse a
tal propuesta (Hch 2, 37). Es en
el rincón interior donde se coci-
na la experiencia, la conversión,
y sus repercusiones salvíficas, que
impulsan a integrar a todas las
personas. Creer en Jesús es reo-
rientar la vida desde una volun-
tad humana hacia una voluntad
de Dios. Se espera de toda perso-
na que haya encontrado a Jesús,

que dé frutos correspondientes a dicho encuentro.

Conforme al sentir del Papa Francisco: “la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: “Cuando estabas debajo de la higuera, te vi” (Jn 1, 48).

¡Qué bueno es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, “lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos” (1 Jn 1, 3). La mejor motivación para decirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás”. (*Evangelii Gaudium*, 264).

EL ENCONTRARSE EN LA MISIÓN Y EN LA VIDA COMPARTIDA DE LOS LAICOS Y LAS/OS RELIGIOSAS/OS, LO ES TODO

P. José María
Arnaiz Tubilleja, SM*

* Religioso marianista. Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en la Compañía de María y en la animación de la Vida Religiosa en Argentina y Chile. Fue Secretario General de la Unión de Superiores Generales; es asesor internacional de muchas comunidades religiosas, como predicador de retiros, facilitador de capítulos generales y conferencista, dentro y fuera de su país y del Continente. Teólogo, escritor, director de la Revista Testimonio. Asesor para América Latina de la Editorial PPC. Es Provincial de su comunidad en Chile, donde además ha sido inspirador de una experiencia de comunidad que facilita la presencia carismática de los laicos. Hace parte del Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia de la CLAR, ETAP desde el 2007; ha animado la Comisión de Carisma y Laicado.

El encuentro es la categoría central de *nuestra cultura*. Tenemos que ir al encuentro de las/os demás y crear una cultura del encuentro, la amistad, el diálogo, el vínculo; se trata de construir puentes y derribar muros; y desafiar a la cultura del desencuentro, la fragmentación y el desecho. El encuentro nos cambia la vida. Además un encuentro no viene solo; tienen el efecto cascada. Nos exige pasar de la intuición a la acción y hacer el estupendo viaje que nos lleva del yo al tú y evita toda autorreferencialidad que es el real impedimento del auténtico crecimiento humano.

El encuentro se ha convertido en la Iglesia en un *verdadero "sacramento"*; significa y produce gracia. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios (EG 27-29). En el fondo es Jesús el que facilita todo encuentro y se hace presente en él. Por eso mismo, los encuentros son una bendición. En el fondo, es Jesús presente y actuante en nosotras/os el que nos permite y facilita todo encuentro verdadero. Por él llegamos a ser artífices de las necesarias transformacio-

nes. El Evangelio está lleno de encuentros, aunque a decir verdad, no faltan los desencuentros.

Dando un paso más, en la Vida Consagrada, el encuentro se ha transformado en la condición fundamental para que siga siendo vida y Vida Consagrada. La CLAR en este trienio 2015-2018 se ha propuesto: “Dinamizar la cultura del encuentro: una cultura del encuentro, fruto e impulso de nuevas dinámicas de relación, que se constituyen en criterio transversal de todos los compromisos que hemos asumido y de un impulso humanizador para nuestras comunidades en salida misionera”. Según el dicho africano “las montañas no se encuentran porque no se mueven”. Se precisa pagar el precio por los verdaderos encuentros. Los que van precedidos y seguidos tantas veces del perdón, la escucha, el compartir, el agradecimiento, la gratuidad.

1. Encontrarse es todo

Hay encuentros que se han convertido en condiciones de vida para las/os consagradas/os religiosas/os. Antes, para ser una/un buena/buen religiosa/o tenía que alejarse de los laicos, no “encontrarse con” la mujer, si era hom-

bre, con los integrantes de otras congregaciones y por supuesto de otras religiones o iglesias; alejarse de la propia familia y del “mundo”. Todo eso se consideraba peligro e incluso motivo y ocasión de pérdida de la vocación. Ahora, todos estos encuentros bien vividos enriquecen y afirman la vivencia de la Vida Consagrada; no son peligro y menos prohibición; son recursos y necesidades; el encuentro con los laicos es indispensable. Trae vida y vida en abundancia.

Bien sabemos que cuando los seres humanos se encuentran se produce un cambio. Cambio que *nos pide transformación. Eso nos recuerda y evoca Lucas* tantas veces en su Evangelio y sobre todo con el relato e icono de la Visitación. María se hace camino para visitar a su prima Isabel y llegar a encontrarla. El encuentro nos cambia la vida. Además, un encuentro nos lleva a pasar de la intuición a la acción y a hacer el estupendo viaje que nos pasa del yo al tú y evita toda autorreferencialidad que es el verdadero impedimento del encuentro; así llegamos al fecundo “nosotras/os” y así nace la sinergia. El encuentro nos mueve a revelar nuestra identidad; en él nos reconocemos diferentes y la riqueza de la dife-

rencia la hacemos complementaria. Eso ocurre, sobre todo, cuando del encuentro pasamos a la convivencia, a la compañía, a la colaboración e incluso a la corresponsabilidad.

“Encontrarse es todo” y es exigente. Si uno le confía a un grupo de jóvenes el texto de la Visitación de Lucas, no hay duda de que *nos va a compartir de manera espontánea que los encuentros verdaderos no suceden cada día; cuesta que acontezcan*. Es un gran desafío que en él se dé la acción de gracias y la propuesta comprometida. Por eso mismo, no son pocas las fiestas que se aguan y terminan mal. No logran reunir y unir a quienes acuden a la celebración y en consecuencia la celebración no llega a ser una realidad.

Tenemos que saber de encuentros ya que nos dinamizan, nos inspiran, nos vitalizan, nos acercan, nos cambian y comprometen. A modo de contexto para el tema, bien podemos hablar de los diversos encuentros que se dan al ejercitar las cuatro relaciones principales del ser humano. La vida ordinaria y la consagrada nos llevan al encuentro con

nosotras/os mismas/os y eso pide silencio, escucha, discernimiento, examen, mente y corazón. No hay duda que la comunión nace de la escucha atenta.

El encuentro con las/os otras/os desarrolla la fraternidad, la ternura, el diálogo, el vínculo, la comunidad, la convivencia, el intercambio e intercomunidad. *“Recrear el ser y el quehacer de la VC, se contribuye a través de nuevas metodologías inclusivas y significativas, que permiten reconstruir el tejido social con la participación, cooperación y aporte de los diversos actores sociales”*.

El encuentro con Dios destaca y prioriza la oración, la alabanza, la súplica, el agradecimiento, el perdón. Este encuentro es el corazón de la fe y de toda experiencia religiosa.

El encuentro con el cosmos, la tierra, la naturaleza; el que nos lleva a una vida sobria y saludable, a la alabanza al creador, al cuidado de la naturaleza, produce en nosotras/os *“una auténtica conversión ecológica que permitirá integrar una compasión pan-creacional y estimulará el cuidado de la vida y*

de la casa común". Nos conduce a una ecología integral.

Las tareas pastorales han tenido mucho de escuela doctrinal y a veces militante; pero no lo suficiente de escuela de oración y de experiencia de encuentro. Hay que poner encuentros en el corazón de la sociedad, de nuestros pueblos. Somos creados para el encuentro y la comunión. Para ello es necesario poner las bases de una antropología, teología, espiritualidad y de una cultura del encuentro para llegar a otra pastoral.

Estamos necesitados de una *antropología basada en la voluntad de encontrarse*: supone querer compartir espacio, tiempo, energía y necesidades. De la buena o mala respuesta al desafío de la diferencia, depende en parte, el encuentro y la cohesión social, política y religiosa de los pueblos. Estamos hechos para la relación. Tenemos capacidad y necesidad de relación. Somos seres sociales y el encuentro es la principal mediación. A quien es capaz de encontrarse y de invitar al encuentro, no le faltan ideas y creencias, convicciones y comportamientos, sentimientos y sensibilidades. Los encuentros dan sentido a nuestra vida. Arman nuestra historia.

Cuando eso ocurre, el yo y el tú toman rostro, sentimiento, cercanía. El encuentro rejuvenece. Los encuentros son espacios verdes de nuestra historia; recinto reconfortante cuando es ámbito de palabras silenciosas, acogida, presencia discreta y amorosa, fidelidad estable y algo de realidad imperecedera. El encuentro rico y valioso es una utopía que precisa cuidado, atención y trabajo. Es una tarea exigente. Se trata de generar encuentros, de sostenerlos y de profundizarlos y no dejarlos interrumpidos y a medio camino.

Así llegamos a una teología del encuentro. La experiencia de Dios no se realiza en la interioridad sino en la historia, en el acontecer, en los encuentros. Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo, debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-amor. (240 Aparecida). En el encuentro auténtico más de una vez descubrimos que el Espíritu está sobre nosotras/os y nos ha ungido para dar la buena noticia a los pobres. En el Evangelio encontramos con frecuencia a Jesús dando instrucciones para llevar a cabo los encuentros. Caminar en grupo es una imagen transversal del anuncio del Reino

de Jesús. Nos invita a dar nuevos pasos en el amor hacia todas/os.

Existe una *auténtica espiritualidad del encuentro que implica, pide y ofrece un itinerario para lograrlo*. El encuentro es el corazón de la mística y el concepto nuclear del Evangelio. Después de Jesús, la historia y el cristianismo nos ofrecen una larga lista de hombres y mujeres que tuvieron el carisma del encuentro y que se iniciaron en el encuentro vivo y verdadero. Por la calidad de sus encuentros muchos se hicieron santos y avanzaron por el camino de la vida en el Espíritu, se liberaron del mal y entraron en la comunión, adoraron al Padre y sirvieron a la creación entera. La oración es encuentro, un medio y un modo de encontrarnos y comunicarnos con Jesús. Por ser encuentro nos permite gustar la cercanía de Dios en la historia. Nuestras celebraciones tienen que ser encuentros y cada uno de nuestros encuentros celebraciones. Cada encuentro que vivimos, se convierte en un signo. Hay que descifrarlo y explicarlo.

Así llegamos a la realidad de la *cultura del encuentro*: la favorece el turismo, la migración bien llevada, la interculturalidad ejer-

citada, la participación social, la pluralidad y el compromiso, la desaparición de fronteras, la acogida-escucha, el intercambio de estudiantes, el trabajo en red, la comunicación intensa. Si se globalizara el encuentro se construirá un nuevo talante de persona y desaparecerá la xenofobia. Nos encaminamos a la inclusión, al compromiso cercano, a la diversidad, a la sensibilidad por el que sufre, a la fragilidad, a la necesidad de la presencia y del contacto, a la preferencia del color y de la intensidad, de lo global y de lo local.

2. Encontrarse es todo para las/os religiosas/os

En el fondo, los encuentros, como ya hemos visto, son variados y a todos ellos tenemos que acudir sin negociar nuestra identidad. Vamos a centrar nuestra atención en los propios de la Vida Consagrada y en uno que es especialmente significativo: El encuentro de las/os religiosas/os y laicos en este momento de la vida de la Iglesia y del mundo.

“Nuestro mundo, la Vida Consagrada, necesita de Visitación, de una Vida Consagrada *con iniciativa y experiencia de encuen-*

tros, que deje sus seguridades, que salga, atenta a las necesidades de las y los demás, que cuide la vida que hay en ella y en donde quiera que esté germinando o tenga posibilidades de darse; así entendemos la VC vinculada con la tierra y el cuidado de la casa común”¹.

En la Vida Consagrada y en la vida diaria, somos lo que somos por los encuentros que hemos tenido. Para nosotras/os son importantes:

- El encuentro con otras/os religiosas/os de la misma comunidad y congregación.
- El encuentro con religiosas/os de otras congregaciones.
- El encuentro de los hombres religiosos con las mujeres religiosas o laicas y la inversa.
- El encuentro con la propia familia.
- El encuentro con los laicos.
- El encuentro con los integrantes de otras religiones e iglesias.

El gran desafío para la/el religiosa/o de hoy está en llevar *al diario vivir la ascética y la mística del encuentro*. En el contexto del encuentro aprendemos varias lecciones para asumir la espiritualidad y la misión en contexto de nuestros días. Lo mejor es encontrarnos con la vida. No es poca lección la de la fecundidad; fecundidad que busca el hombre y la mujer de nuestros días. El daño ecológico está siendo grande y la esterilidad crece en dimensiones importantes de la VC; grande tiene que ser la entrega para llegar a una fecundidad. Eso se aprende en la práctica del auténtico encuentro.

Por supuesto que hay que dejar que se alce la voz frente a la complejidad del mundo actual. Frente a esa realidad se impone ofrecer la alternativa de lo simple, lo esencial, lo cercano y la sobriedad que hasta tendrá repercusión en una ecología integral y en la que a Jesús se le pone delante y en el centro de la vida y de la historia ya que nos lleva de una u otra forma al sentido profundo de la misma. Cuando la Vida Consagrada *llega a revivir el*

¹ Hna. Mercedes Casas, prólogo del libro *Salgamos al encuentro de la vida. María e Isabel iluminan la Vida Consagrada*, José María Arnaiz, Paulinas, Bogotá, 2016, p. 7

encuentro se ve obligada a alzar su voz frente a la complejidad del mundo actual, hacer opciones de vida sobria como las pedidas por Laudato Si.

No hay duda de que el Magnificat no salió de los labios de María como una “canción de guerra”, como “una porción de dinamita” (C. Halkes). Sí, es una canción de liberación, de compromiso y de encuentro. Es, también, un canto de esperanza. María confía en que Dios llegue a invertir la relación de poder en la sociedad y se genere paz, solidaridad y generosidad. *Aspira a que los ricos se liberen de la riqueza, a compartir y a que los pobres salgan de la pobreza.* Es el sueño y deseo más urgente de los encuentros de la humanidad. Pasa por la denuncia, la injusticia, la opresión y el anuncio del entendimiento y la solidaridad. Ellas tienen una especial sensibilidad para denunciar lo que el ser humano precisa rechazar para conseguir vida, crecer, madurar y dar mucho y buen fruto.

3. Encontrarse es todo para los laicos y las/os religiosas/os

Nuestro gran desafío en este campo está en pasar de la sepa-

ración al encuentro. No hay duda de que la Vida Consagrada, como ya hemos dicho, tiene una historia en la que la palabra separación, distanciamiento ha sido clave. Por ser religiosas/os debían tomar distancia de los laicos, del “mundo”, de la calle, de la vida sociopolítica; desde esta perspectiva el encuentro, la compañía, la amistad podían llegar a ser hasta peligrosas. El mensaje ahora es bien distinto: “Encontrarse es indispensable para todas/os”. El encuentro supone cercanía, presencia, interacción, diálogo, amistad, lugares comunes y tareas compartidas, apoyo.

La meta que tenemos por delante es ambiciosa: llegar a una adecuada explicitación de lo que supone pasar de trabajar los laicos “para” las/os religiosas/os, a trabajar “con” las/os religiosas/os. Este giro y este cambio de preposición, es decisivo. Ello le supone a la/el religiosa/o y al laico saber delegar; potenciar cada vocación; complementarse en la acción; tener un común modo de ejercer la misión y poder ser un proyecto misionero conjunto.

Esto no se consigue si no se *cultiva la confianza recíproca.* Esta

no puede faltar para que esta mutua relación que llega hasta la participación y corresponsabilidad pueda darse y funcionar bien. Indispensable, también para el encuentro es, *mantener el espíritu del carisma*. Reto importante es lograr que perviva, que ocupe un lugar fontal en las personas y en las instituciones en las que los laicos van a participar, que lo permee todo y que el carisma se convierta en misión.

Por supuesto, hay que ser conscientes de que no habrá misión compartida sin vida compartida. Hablar de vida compartida es un paso más. Así se dan los auténticos encuentros. Sólo así nos encontramos en actividades que nos reúnen, integran y fortalecen. La vida compartida irá creciendo y adquirirá nuevos estilos en el futuro. Si estamos abiertos a aprender unas/os de otras/os, laicos de las/os religiosas/os y las/os religiosas/os de los laicos fortaleceremos juntos la misión y la espiritualidad. *La vida compartida pide intensidad en el intento; exigencia y entrega.* Pide cariño y afecto. Exige, también, una cultura común y unas expresiones culturales que nacen de las mismas intuiciones carismáticas y llevan a una comunión, que va más allá de

la misión. Jesús nos llama a beber juntos del agua viva (Jn, 4, 10), a reunirnos para orar, a compartir la espiritualidad desde el corazón. Se necesita seguir desarrollando estructuras que impulsen esta dimensión como retiros conjuntos de laicos y religiosas/os, experiencias de formación conjunta y vitalidad carismática. Encontrarse conjuntamente es un espacio privilegiado para conocernos mejor, aceptarnos como somos y vivir la comunión con Jesús que juntos, también nos envía en misión. A medida que vamos caminando juntos surgirán nuevas fórmulas de relación y cada vez más profundas que exigirán, sin forzar, nuevas estructuras que acojan e impulsen una mayor vitalidad. La formación conjunta revitaliza la historia personal y la de los grupos. El crecimiento en la vocación religiosa y laical conlleva a profundizar momentos vitales. Estos procesos formativos ayudan a crecer. Estos procesos son integrales y abarcan diferentes dimensiones humanas, cristianas y propias del concreto movimiento laical o congregación religiosa. Todo ello favorece los diversos modos de centrar toda nuestra vida en Cristo.

El símbolo que lo visibiliza es el de la mesa redonda. “Como

ramos de olivo en torno a tu mesa, Señor, así son los hijos de la Iglesia”. Ahí están laicos y religiosas/os. En torno a la mesa se sientan, se reúnen. Nos sentimos cerca y a veces unidos. Cuando estamos a la mesa pareciera que no tenemos prisa, compartimos, nos importamos, nos estimulamos. La mesa hace comunidad. Junta vidas.

Las Familias Carismáticas son el verdadero horizonte de la Vida Consagrada y laical encontrada. Pareciera que lo que se precisa en este momento no es tanto ensanchar la tienda sino *construir juntos una tienda nueva donde todas/os, laicas/os y religiosas/os*, encontremos nuestro lugar y así demos una mayor vitalidad al carisma. Ello lleva a concluir que no sirven la resignación y la frustración sino la búsqueda de nuevos caminos de la vitalidad carismática. Para ello tenemos que llegar a encontrar una *nueva y viable estructura* bajo la cual se integren y entren en comunión personas de una y otra forma de vida cristiana, agraciadas con el mismo don carismático. Eso es una familia carismática. *Una parte de la Iglesia entendida como pueblo de Dios en comunión cuyas distintas voca-*

*ciones, servicios y modos de vida ni se imponen, ni se superponen, sino que caminan por la vida completándose para bien de todas/os y en el servicio del Reino*².

De las formas de vida y misión se llega a la Familia Carismática (FC); es una nueva y grande forma y estructura de encuentro; asume con profundidad la realidad de la Iglesia comunión que es la mejor expresión de la unidad en la diversidad. Es una comunión que nace de la diversidad -laico-religiosa/o- y que lleva a la integración profunda que nace de un mismo carisma vivido y transmitido. No hay ninguna duda de que para llegar a crecer en la comunión, hay que apoyarnos, afirmar las diferencias y hacerlas complementarias. Por ese camino se termina en algo nuevo; en un odre nuevo para vino nuevo. Eso es una FC. Los encuentros, como ya habíamos señalado antes, desarrollan y refuerzan el sentido de pertenencia y de solidaridad en el interior de las diversas comunidades y de la FC. Así se nos invita a *“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”* (NMI 43). Vida compartida y misión compartida *nacen de una visión com-*

² A. Botana, *Compartir carisma y misión con los laicos, la Familia evangélica como horizonte*, Frontera Egain, n. 62

partida que a su vez nace del carisma común. Para que todo esto se consolide bien hay que llegar a una formación compartida que no hay duda de que tiene como tarea importante fomentar una teología común, una espiritualidad compartida, un proyecto misionero común y una visión de realidad sociocultural común. Soy un convencido de que un carisma que no se hace cultura no tiene ningún futuro y no lo tiene la institución correspondiente³. Fomentar una cultura común es crear un modo de pensar, de sentir y de proceder cercano.

El encontrarse de laicos y religiosas/os es exigente; pasa por un necesario cambio de mentalidad: metanoia y conversión. La visión y propuesta de “vida y misión compartida” está implicando y exigiendo mucho más de lo que se sospechaba. Está llevando más allá de las barreras, divisiones y separaciones de los “estados de vida cristiana” a unos encuentros exigentes. Supone audacia y creatividad; asumir un itinerario de conversión; pide movernos, “remar mar adentro en la misma barca”, “pasar a la otra orilla”. Nos lleva a ser itinerantes. Nos deja

con la fuerte convicción de que la vida y misión compartida no es algo opcional; es algo necesario e incluso indispensable.

Los procesos personales para la integración de los encuentros son bien diversos. Este proceso les toca hacerlo a religiosas/os y laicas/os concretos. Al recorrerlos se consigue pasar una puerta que nos deja dentro de la casa, dentro de la familia. Para ello, por supuesto, hay que haber recibido una llamada para entrar y leído en el frontispicio de la casa el nombre de la familia, que viene del carisma; y el apellido, que viene del grupo en el que uno se integra. Así se comienza a vivir una doble pertenencia: al grupo o rama concreta y a la familia, al árbol total. Uno es rama y es árbol.

Así poco a poco esa vocación se transforma en proyectos de vida y de misión. En esos proyectos hay llamada a vivir la radicalidad evangélica, a reforzar el sentido de comunidad frente al individualismo, a transformar la sociedad para superar la pobreza y la injusticia, a transmitir y formar en la fe. Esos proyectos están necesitados de personas con un deter-

³ J. M. Arnaiz, *Un carisma hecho cultura*, Ediciones claretianas, Buenos Aires, 2011

minado perfil. Solo ellas lo harán realidad. La fuerza carismática se encarna en la comunidad.

Los auténticos encuentros nos piden llegar a tener un lenguaje común. Es muy importante al crear una realidad nueva elaborar un lenguaje que nos permita “decir” y “nombrar” lo que nace; un lenguaje compartido que expresa, vincula, ahonda, comparte y transmite experiencias fundantes. Evoca raíces. Pero sobre todo nos habla de un presente prometededor. Da sentido y renueva. Incorpora con fuerza el “nuestro” y el “nosotras/os” propios de la vinculación, de la posesión común y del compromiso.

La dinámica de los encuentros entre laicos y religiosas/os encaminará a fortalecer los lazos entre los integrantes de la FC y también entre los diferentes grupos que la constituyen. Estas estructuras tienen varias proyecciones: una hacia una mayor y mejor asimilación del carisma, pozo donde todo mana. Otra sería la mejor integración de los componentes de la FC. Una tercera finalidad sería reafirmar y ahondar la interdependencia entre los grupos. Una cuarta proyección se encamina a fortalecer la fidelidad creativa.

Todo este proceso de encuentros de laicos y religiosas/os es un salto significativo en la vida de la Iglesia. Tiene que ser bien presentado y debe recoger, en primer lugar, la dimensión carismática, fuente de toda la vida del grupo. Debe incluir también las grandes metas de la institución, las formas de pertenencia, los modos de animación y las estructuras organizativas, las exigencias principales de la vida espiritual y comunitaria, de servicio y entrega a la misión. Para su elaboración se debe contar con la participación de todas/os pero cada uno lo hará desde su condición o nivel de pertenencia. Este documento no puede carecer de un tono profético y también de un original modo de gestión.

4. Ampliar la tienda, habitarla y llenarla con el calor del amor primero

El proceso hasta llegar a una real vida y misión compartida puede ser largo. Hay que seguirlo con atención ya que puede debilitar la identidad, diluir los perfiles y exigencias de la vocación tanto de las/os religiosas/os como de los laicos. La apertura de los grupos a la comunión es algo decisivo. Es importante que la comuni-

dad, tanto de religiosas/os como de laicos, se abra y deje de ser un círculo cerrado y se transforme en una espiral abierta. El gran reto es conseguir que todas/os lleguemos a retomar la historia y encontrar encarnaciones señeras de ese carisma. En esa historia se encontrarán anécdotas, acontecimientos, visiones, mensajes, celebraciones, inicios, mitos y creencias. Solo así rebrotará el carisma y renacerá con una vitalidad única y fresca. *Así llegamos a la necesaria refundación.* La fidelidad creativa mantiene la dimensión carismática y evangélica de la Iglesia; esa fidelidad ahora no actúa solamente desde y al interior de un Instituto religioso sino desde los diversos grupos que componen la familia carismática.

Varias veces hemos hecho alusión. Ella nos exige: la necesaria reflexión teológica para que se pueda dar este paso en la vida cristiana con tino y sabiduría. Pero se precisa, también la narración y la comunicación. Hay necesidad de comunicarnos más sobre los caminos recorridos por grupos diversos en la Iglesia, para hacer este nuevo tramo de vida de la misma. Lo que se vive hay que convertirlo en imágenes, palabras y gestos. Se precisa narrarlo y ha-

cerlo bien. Hay camino hecho y en parte, como barca en alta mar llevada por el soplo y a veces por el viento del Espíritu en medio de vertiginosas corrientes del cambio de época y de significativos cambios en la Vida Consagrada y laical y en el conjunto de la Iglesia. En ese contexto poco a poco vamos configurando y siendo configurados en este escenario de nueva eclesialidad y nueva ciudadanía en el que se están gestando y, no sin dolor, las nuevas familias carismáticas y también el nuevo modo de vivir la Vida Religiosa y laical.

Para concluir quiero afirmar que lo que urge actualmente a la Vida Religiosa es una ética, una estética, una poética de la existencia, una mística de los sentidos abiertos para contemplar la realidad a la luz de la palabra y emprender, desde esta intimidad amorosa, un camino siempre nuevo. Sólo así será un camino hecho en compañía; en la de los laicos con las/os religiosas/os. Hay que dar con el momento y el lugar en el que comienza lo nuevo. La poeta María Wine confía que, “*en algún lugar*”, quedará un espacio y un programa abierto a la esperanza porque encara el presente con lucidez de espíritu:

*En algún lugar
Tiene que haber un rayo de luz
Que disipe las tinieblas del futuro
Una esperanza que no se deje
matar
Por el desencanto
Y una fe que no pierda
Inmediatamente la fe en sí misma*

Corren “tiempos recios”, decía Santa Teresa, en los que se precisan “amigos fuertes de Dios” ya que la fe en algunos lugares está en riesgo. La misión sigue siendo mucha e incluso ardua, delicada la tarea y exigente el compromiso. La forma de llevarla a cabo en el s. XXI tiene que llegar a ser bien distinta y todo el empeño se debe poner en que se coopere en la obra común y de manera unánime. Hay religiosas/os y laicos que tienen que dejar de hacer determinadas cosas y comenzar a realizar otras. Para ello tienen que llegar a convertir los gritos de la gente en clamores del Espíritu, en convicciones compartidas y compromisos de nueva forma de Vida Consagrada y cristiana.

No hay duda de que si una *Congregación religiosa replantea su función y su manera de estar al interior de una familia carismática y de la Iglesia a partir de su nueva relación con los laicos este simple hecho llevará a una verdadera refundación y a una nueva forma de vida*. Bien podemos parangonar la frase de San Agustín y decir que *con los laicos, la/el religiosa/o es cristiana/o; para los laicos es religiosa/o. El laico con las/os religiosas/os es cristiana/o y para nosotras/os es laico*.

Estas páginas se han escrito para que sigamos descubriéndolo, anticipándolo y haciéndolo presente juntos, religiosas/os y laicos. En manos del Señor están nuestras Vidas Consagradas a la vivencia de un carisma. No hay duda de que un nuevo encuentro, una mayor compañía e interacción entre laicos y religiosas/os llevará a hacer y ser más de lo que hacemos y somos. Juntos somos más y mejores. Esto exige tienda nueva.

UNA REFLEXIÓN DESDE LOS ROSTROS INTERPELANTES DE LOS MIGRANTES EN EL MUNDO

P. Emmanuel
Cerdeja Aguilera, CS*

Resumen:

La diversidad y el intercambio que existen en Europa abren desafíos culturales, políticos y religiosos aquí. Convivir con *la diferencia* es el pan nuestro de cada día en el viejo continente. ¿Cuál es el papel del cristiano o del misionero de frente a este mundo tan diverso? El respeto de la alteridad y el diálogo se vuelven fundamentales para poder discernir la opción de la *Sequela Christi* (caminar tras Cristo) como una forma de vida válida, proponible y liberante para la humanidad de hoy.

“Padre, ¿y entonces usted es un misionero, y vino a Francia a buscar convertir?” - Yo: “No, no estoy aquí para eso, no busco convertir”. Esa fue una parte de la plática sostenida con la doctora encargada de atenderme en el consultorio médico del OFII (*Office Français de l’Immigration et de l’Intégration*). Sí, es aún común encontrar gente que piensa que la tarea del misionero católico se reduzca a ‘seguir convirtiendo’ personas. En un continente tan variado en todos los aspectos, como lo es el europeo, lo último en lo que piensas como misione-

* Mexicano, misionero scalabriniano destinado a la región europea. Ha hecho estudios de teología con especialización en teología fundamental en la Universidad Pontificia Gregoriana. La experiencia misionera (pastoral y no sólo) abarcan ambientes tan amplios como diversos con comunidades migrantes y locales en ciudades como Roma, Ginebra, Londres y Berna. Actualmente radica en la ciudad de París.

ro, como consagrado, es querer imponer tu creencia. Corres el riesgo no sólo de que te juzguen de proselitista, de ser acusado de intolerancia religiosa y, en varios contextos, una actitud tal, te excluiría de un eventual encuentro y aproximación al ‘mundo del otro’.

Hace ya más de siete años que llegué a Europa. Había dejado México con la emoción del joven misionero que se aventura a todo un mundo por explorar. La mente, el corazón y las alas estaban abiertas para emprender el viaje hacia horizontes desconocidos que seguramente me cambiarían la vida. Seis años antes había dejado mi pueblo, para seguir un ideal que se presentaría como mi estado de vida: ser misionero para los migrantes. Esta respuesta a Dios se concretizó con los Misioneros de San Carlos Scalabrinianos. Allí, entonces, empezó la aventura que cambiaría mi vida por completo. Siempre quise servir a alguien, en algo. Con el tiempo, ‘a los de paso’, ‘a los caminantes’, ‘a los que van y vienen’, ‘a los que son de aquí y a la vez no’. Ellas/os se convirtieron en mi forma de respuesta a un llamado que venía de Él, de Dios, origen de toda vocación. La opción era tan descon-

certante cuanto fascinante. ¡Y me arriesgué!

Mi pequeña y, a la vez, gran experiencia misionera la sintetizo en las palabras de nuestro padre fundador, el beato Juan Bautista Scalabrini: “Lleven a los migrantes el consuelo de la fe y la sonrisa de su tierra”. Esta es la síntesis de mi vida misionera y del ideal que aún conservo. Ser en la lejanía de la tierra de muchos, una sonrisa y una presencia, es decir, una actitud que refleje a ese Dios que está siempre cercano. Muchas veces, el hecho de estar desarraigados, se vuelve una condición para propiciar el encuentro, el intercambio, el hacernos familia y ayudarnos mutuamente, en otras ocasiones propicia la celebración de la fe y de nuestras tradiciones religiosas. Esta condición de desarraigo la compartimos las/os misioneras/os y las/os migrantes, bueno, aunque en realidad todas/os las/os misioneras/os somos migrantes, somos humanamente hablando, migrantes con las/os migrantes.

Valores como el respeto de la diferencia, la convivencia y la inclusión se ponen a prueba cuando te encuentras en contextos que verdaderamente te retan y te

desarman. Estos valores, difundidos y predicados tanto por asociaciones e instituciones civiles, así como por las de índole religiosa, pueden permanecer como maravillosos ideales *invivibles*, si no se tratan de concretizar en la cotidianidad, en lo que somos cada día y en todo momento. La cultura del encuentro tiene que ver, desde mi experiencia con tantas comunidades ‘extracomunitarias’ en Europa y con los europeos mismos, con un *estar atentos* a aquellos que cohabitan cotidianamente mi mundo y mi realidad. La filósofa y mística francesa Simone Weil decía que “la atención era la forma más rara y más pura de la generosidad”. Efectivamente, esta atención exige la apertura de todos los sentidos, desde los ojos y los oídos, hasta las manos y el corazón, para darse cuenta de que el otro está ahí, a nuestro lado, interpeándonos.

Por tres años y medio tuve la oportunidad de conocer y visitar las diferentes comunidades de migrantes cristianos y católicos presentes en Roma. Con varias de ellas hemos podido hacer un verdadero camino de acompañamiento mutuo. Nuestro papel de ser puentes entre el vicariato migrantes de Roma y cada una de

las comunidades, nos llevó a involucrarnos en historias que aunque tuviesen su punto de encuentro en las celebraciones religiosas, no se limitaban a ellas. Tan solo el hecho de caminar juntos permite descubrir que hay muchas necesidades y carencias en la gente que vive lejos de la tierra de origen, pero que también, hay mucho por recibir y aprender de lo que ellos han vivido. El ser misionera/o te permite explorar historias que poco a poco cambian tu vida y la visión que tienes de la misma. Tu vida como consagrada/o, y al final como persona, ya nunca vuelve a ser la misma, pues esos encuentros te transforman.

La cultura del encuentro y la identidad cristiana

Como parte de mi formación misionera en una congregación que trabaja con y para las/os migrantes, he tenido que formarme en ambientes y contextos muy variados. En algunas ocasiones con comunidades católicas latinoamericanas en grandes ciudades y en otras con comunidades cristianas pero no católicas, también con comunidades católicas europeas creyentes y no, con grupos de jóvenes creyentes, tanto locales como migrantes, en círculos e ins-

tituciones ateos y agnósticos, en ámbitos eclesiales de acompañamiento a migrantes y en otros ámbitos más de carácter activista y laico. En todos estos contextos, he tratado de que el común denominador fuese el crear vínculos, lazos.

Creo firmemente que hoy día sirve hablar de una teología débil, es decir, un pensamiento y quehacer teológicos que no imponen y no parten del presupuesto que deben primeramente convencer de algo a alguien. Sino una teología que abre espacios, *intersticios*. Es esta, experiencia de intercambio y de encuentro lo que enriquece, desarma de toda pretensión de dominio y finalmente, nutre. Tu ser mismo, sin necesidad de explicitarlo, debe hablar de tus convicciones y de tu fe. Esto da la posibilidad de que los mundos diversos se encuentren y se enriquezcan mutuamente.

Pero, ¿qué entiendo realmente por esta teología débil y sobre todo, cómo podría aplicarla en el contexto de la migración y la diversidad aquí en Europa? Para empezar, es necesario aclarar que en teología englobo no sólo las reflexiones que nacen en el seno de las grandes institucio-

nes eclesiales sobre la doctrina cristiana, sino también el modo de acompañar, de llevar a cabo una pastoral, en sí, del quehacer total por parte de la institución eclesial y de la Iglesia como comunidad de creyentes. Esto para mí, tiene que ver, con un modo de ponerse en el mundo del que ella es parte. Por eso, sin olvidar la centralidad del mensaje cristiano, que es transmitir la Buena Nueva del Cristo, será la modalidad de poner/ofrecer este mensaje en el mundo, lo que resultará decisivo. Yendo más a fondo, si el Evangelio, lo que debemos comunicar, se encarnó en un hombre, es decir, si ese hombre con su vida nos dijo todo lo que tenía para decirnos, entonces deberíamos partir desde la mujer y el hombre común, para llegar a *Aquel* hombre específico, a quien los cristianos consideramos la cumbre de la humanidad: Cristo Jesús.

Ese partir de la mujer y del hombre es lo que, según mi experiencia, puede permitirnos seguir apostando por el Evangelio como una opción de vida vivible y proponible para la humanidad actual. En un mundo tan variado, como el europeo, es fundamental construir vínculos hermanables, una humanidad que abra

espacio a la diferencia del otro, diferencia que va desde su sentir y hacer, hasta su creer y pensar. La comunicación de una persona (Jesucristo) como fundamento del mensaje evangélico, debe hacernos tener en cuenta como elemento primordial, justamente esa humanidad muchas veces herida, oprimida, pobre, necesitada y lastimada. La teología débil por lo tanto sería esa presencia que acompaña, que camina y que comparte la vida. No la transmisión inmediata de verdades a las cuales adherir, sino la consciencia de esa humanidad hermana, el hacer camino y al final de cuentas construir puentes, muchos puentes. No se trata entonces de imponer verdades que podrían resultar abstractas, sino de hacer creíble con la vida y el testimonio aquello en lo que creemos y que finalmente nos sostiene.

Todo lo que el papa Francisco ha dicho sobre la cultura del encuentro tiene que ver justamente con esta capacidad de estar atentos, no ser indiferentes a los rostros que nos buscan, no condicionar con esquemas de todo tipo la vida del otro, dejarnos desarmar por las inquietudes del que es diferente, pensando que algún día, tal vez sea yo mismo quien pueda ‘desinquietar’ al otro con

mis necesidades, carencias y diferencias. En Europa, si bien se ha hecho un camino hacia la inclusión y la colaboración, aún hoy, se siguen observando conductas de rechazo, de eliminación inmediata de la/el otra/o. Tal vez, en el fondo podría tratarse de un temor: ¿qué tipo de temor? Cuando se tiene una identidad y se es consciente de lo que se tiene y lo que se es, no hay temor a darse, a ‘desintegrarse’ para responder a las necesidades de las/os demás. A veces y en ciertos círculos he notado esta necesidad de autoafirmarse (por miedo) excesivamente, ya sea a nivel personal o comunitario. Eso precisamente es lo que no permite la apertura y la atención a las/os demás. En sí, la búsqueda de la identidad no está mal, la dificultad estriba cuando esta última se construye de manera cerrada y excluyente. La inclusión, el respeto y la colaboración son fundamentales para construir.

El trabajo con los migrantes (grupo vulnerable), muchas veces con las/os que viven situaciones precarias, me ha llevado también a colaborar con otros grupos doblemente vulnerables como los refugiados, personas de la comunidad LGBT, trabajadoras domésticas, entre otros. El estar en

contacto con las condiciones límites en la vida de tantas personas, conduce a la viva convicción de que hoy es esencial reconocernos todos de una manera u otra, vulnerables y necesitados. A menudo sucede que por una razón u otra, me sienta extranjero, e incluso a veces, un poco menospreciado. En realidad, el ser ‘de otra tierra’ te hace ya diferente de la cultura en la que te encuentras, pero hay condiciones que en otros contextos, hacen a los que rechazan, a su vez, también vulnerables. Esto para decir que ninguna condición es válida o justifica la discriminación, la indiferencia, el maltrato o la violencia: ni el ser extranjero, ni el ser indígena, ni el tener un determinado color de piel, ni ser mujer u hombre, ni tener una orientación sexual diversa, ni ser del sur o del norte, del oriente o del occidente, etc.

Creo que nuestro trabajo hoy como consagradas/os, como mujeres y hombres de Dios debe ir en línea con las reflexiones hechas por el papa Francisco en la exhortación apostólica del *Amoris Lætitia*, es, hacer un discernimiento, hacer caminos, abrir espacios, ofrecer posibilidades y alternativas, compartirnos. Esto a nivel de la movilidad humana en Europa es fundamental. El diálogo

y el discernimiento juntos son esenciales para finalmente vernos y sentirnos como una gran familia. Aceptar el reto de este compartirme y abrirme, implica que ciertos esquemas rígidos tengan que disolverse para poder reconstruir (me) y enriquecer (me) con los aportes de todas/os, desde la condición en la que se encuentran y con lo que tienen para ofrecer.

Bibliografía:

- FRANCISCO, Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Lætitia*, capítulo 8, en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html.
- FRANCISCO, Meditación matutina en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae*, *Por una cultura del encuentro*, 13 de septiembre de 2016, en https://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2016/documents/papa-francesco-cotidie_20160913_cultura-encuentro.html.
- WEIL, Simone, *Attesa di Dio*, traducción de Orsola Nemi, Rusconi, Milano, 1972.
- WEIL, Simone, BOUSQUET, Joë, *Corrispondenza*, MARCHETTI, A (a cura di), SE, Milano 1994.

LA PRÁCTICA DE LA HOSPITALIDAD GENERA UNA CULTURA DE ENCUENTRO

Comisión Bíblica-CLAR

Resumen:

La articulación de la historia bíblica y humana dentro de una plataforma migratoria, nos motiva a ser artífices de una cultura de cuidado y de encuentro. Este paradigma, hoy emergente, nos revela que, salir tiene sentido porque se va al encuentro, y nos conduce por nuevas realidades desde la experiencia de hospitalidad, para que arda nuestro corazón si somos en la casa común, signo visible de acogida.

1. Hospitalidad y Mundo Bíblico

En el mundo bíblico la hospitalidad es asunto primario. Su importancia se acentúa aún más por las distancias geográficas, los desiertos y las limitaciones de comunicación. En este contexto, el hospedaje podría compararse a un soporte para la sobrevivencia. Este acto, vinculado teológicamente a un acto de misericordia, supera las barreras de prejuicios, nacionalismos, menosprecio, etc. Hospedar es una acción sagrada, y no limitada a las relaciones de parentesco. Se trata de hospedar a quien lo necesita, independientemente de tener o no lazos familiares. Recibirle es asistir al mismo Dios peregrino. El rostro de quien peregrina es el mismo rostro Divino.

La Sagrada Escritura nos muestra a los ángeles del Señor peregrinando (Gn 18). La persona de fe, no espera a que le soliciten cobijo. Se adelanta, sale al encuentro, ofrece su tienda, acompañada de palabras tales como: “...si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor” (Gn 18, 4). Las/os mensajeras/os del Señor no incomodan con su presencia. Es un honor recibir a quien se empolva los pies en el caminar para llevar a cabo una misión confiada. De ahí que disponerse para albergar, servir, aliviar el cansancio, refrescar el cuerpo y sosegar el alma son ingredientes indispensables de una buena acogida. Quien ofrece una buena acogida, no regatea sus posibilidades para dar de beber, comer, y satisfacer a quien necesita un espacio para rehacer las fuerzas. Constatamos que “hospedar”, en este horizonte de interpretación, está vinculado a “juntarse”, “vivir con/en”, “habitar”, y luego “peregrinar”. Se estima prudentemente, en el contexto, tres días para la estancia de un/a huésped. Interesante que esta acogida no aguarda ser retribuida con ningún beneficio económico ni recompensa alguna. La gratuidad es el sello que distingue la hospitalidad bíblica.

2. El Primer Testamento

También Dios es hospitalidad. El Primer Testamento le presenta recibiendo a gente pobre en su casa, el templo de Jerusalén. Las personas pobres de los salmos nos muestran una escuela de hospitalidad: “Yahvé refugio mío, baluarte mío, mi Dios, en quien confío” (Sal 91, 1). Dios como hospitalario es un pastor habilidoso para preparar la mesa, ungir con óleo y hacer la copa rebosar por la abundancia, la dicha y la felicidad donde se festejan los frutos de la justicia (Sal 23, 5). Con todo, hay serios criterios para hospedarse en su casa: andar en justicia, pensar sinceramente, no dañar a nadie ni con las acciones, ni con los pensamientos ni con las palabras... (Sal 15).

3. El Segundo Testamento

El Segundo Testamento es un escenario teológico de hospitalidad. Jesús no tenía casa propia y frecuentemente recibía hospitalidad. Las mujeres lo acogían en su casa (Lc 10, 38). Importa destacar los frutos de recibirle en el seno del hogar, en la intimidad del corazón. Al hospedarle se engendra el encuentro, del encuentro brota la conversión, y de la conversión

surge la salvación personal y comunitaria. Jesús no se detiene en las condiciones de la casa para su estancia. Lo importante es que haya gente. No excluye a nadie. Su presencia recicla el lugar y las personas que le acogen. En los criterios jesuánicos hospedar es una obra de misericordia (Mt 25, 35). Recibir al/la forastera/o socialmente descartada/o es recibir a Jesús mismo. Declara bienaventuradas a las personas que le acogen sin saber a quién están acogiendo.

La virtud de la hospitalidad es elogiada por la comunidad apostólica, indispensable para la expansión del cristianismo (Rm 12, 13). Una/un huésped misionera/o es comparada/o a un ángel o a una/un santa/o (Hb 13, 2). La hospitalidad es promovida, entre las hermanas y los hermanos, sin ningún tipo de murmuración, mala cara o desagrado. María es mujer maestra de hospitalidad. Ella es la primera en acoger a Jesús, haciendo de su vientre un sagrario. Custodió la vida en su seno. Custodió la vida en su vida. Ella acogió y fue acogida por Isabel. Dichosas/os seremos si entramos en este horizonte inspirador de justicia y santidad.

4. Historia Bíblica-Historia Humana: el Fenómeno de la Migración

La historia humana y bíblica nos recuerda que el fenómeno migratorio corresponde a todos los tiempos y a todas las generaciones. La humanidad desde sus inicios está constituida por el ir y venir de personas que indican la salida constante. Ella es pues, peregrina, migrante, clandestina, en otras palabras, su razón de ser y existir es el movimiento. De esta manera, el mundo que se abre al paso de quien camina es un mundo metaforizado, donde cada elemento que encuentra es signo de otro que une a una trama.

En las últimas décadas, el fenómeno de la migración ha aumentado a nivel mundial por diferentes razones: sociales, políticas, económicas, demográficas, ecológicas y otras. Los pueblos se desplazan en búsqueda de mejores condiciones de vida, en un esfuerzo por construir un futuro más equitativo y justo para las generaciones venideras.

La movilidad está marcando contundentemente el curso de este momento histórico. La globalización de los mercados, la co-

municación, la política internacional, se encuentran entre las más recientes causas de este fenómeno que no tiene fronteras, todavía, no es así, para las personas, a quienes se les trazan fronteras, se alzan muros, se ponen barreras y se construyen políticas migratorias punitivas, no favorables para quienes migran. Muros son erigidos, niños y niñas, sin idea de lo que les pasa, caen por impactos de bombas, mujeres y hombres, agobiadas/os por la violencia y el hambre, dejan sus tierras, sus raíces, para vagar sin destino cierto, masificadas/os por una única identidad: la del desplazamiento forzado.

5. La cultura del cuidado y del encuentro

La experiencia bíblica de la hospitalidad, introduce a la persona en la dimensión del cuidado. De hecho, hospedar es sinónimo de cuidar. No puede haber hospitalidad verdadera que no esté alimentada por la dinámica del cuidado al/la otro/a. Es una actitud exigida a quienes son llamadas/os a servir (Tt 1, 8). El cuidado es expresión del amor. Es su manera de encarnarse en el mundo. El mundo, en su complejidad, clama por hospitalidad.

La hospitalidad, engendra el *encuentro*. En los evangelios, los cambios personales y comunitarios se dan porque hay encuentros (Jo 4, 1-42). Hay encuentros porque las personas se acercan a Jesús (Jo 3, 2; Mc 5, 2; 22; 27), o porque el mismo Jesús se acerca a las personas (Lc 19, 5; 21, 15; Mt 9, 9). Del encuentro brota la ética del cuidado. ¿Pero, a quién cuidar? Los textos del Primer Testamento, como hemos visto, son claros a este respecto. Ellos nos presentan las tres figuras que encarnan la realidad más vulnerable: la viuda, el huérfano y el extranjero. Los textos, muchos de ellos proféticos (Jr 7, 5-6; Zc 7, 10), no hacen solamente análisis coyunturales sobre la situación de estos personajes, sino que, proclaman necesidades y causas como imperativos éticos a los que hablan en el nombre del Señor. Más aún, afirman que sus causas son, en última instancia, la manera por la cual se conoce a Dios (Jr 22, 16).

Por lo tanto, el tema de la hospitalidad es multidimensional. Llama a una praxis que supone encuentro y cuidado de quienes están en necesidad. Ir al encuentro o acoger a quienes llegan fragilizadas/os por distintas situaciones

de vulnerabilidad, sana y dignifica a quien se acoge y a quien acoge. Es una doble vía más que una encrucijada. Por cierto, la hospitalidad que nace del encuentro y del cuidado, va más allá de las dimensiones antropológicas. Es una realidad ecológica. La naturaleza se cuida. Produce sus cambios en cada una de las estaciones para mantener cada ser. Engendra cuidado y equilibrio. Por eso mismo, hasta los salmos expresan esta dimensión tan generosa y ancha del cuidado del Señor con la fragilidad de la naturaleza (Sl 42, 1; 62, 1; 84, 4) y entre sus hijas/os (Sl 82, 3-4).

6. Un Paradigma Emergente

La tríada *hospitalidad-encuentro-cuidado*, nos empuja a un nuevo paradigma. Una manera de existir que nos devuelve a una actitud ética primigenia de la humanidad, que pide ser ensanchada en todos los seres que comparten con nosotros/os la casa común. Educarnos en la escuela de Jesús, significa, aprender la enseñanza paradójica de la Sabiduría Divina que proclama con su vida que: las/los últimas/os son las/los primeras/os (Mt 20, 16); las/los más pequeñas/os son las/los más importantes (Mc 9, 37); las/los distantes son las/os de

casa (Lc 10, 34); las/os pobres y humildes son bienaventuradas/os (Mt 5, 3-5); y que la hospitalidad con estas/os hermanas/os, es la condición de entrada en la Vida (Mt 25, 46).

Hemos dicho que el mundo clama por hospitalidad. Aún así, es fundamental aclarar que, en todas las latitudes, encontramos mujeres y hombres cuyas vidas son cantos de fiesta y de acogida para quienes se les acercan. Estas son señales inequívocas de que una nueva manera de relacionarse con la otra/o está surgiendo con una fuerza asombrosa. Sus actitudes de acogida y cuidado hacia las/os *pequeñas/os* son una catequesis viva. Su presencia nos convierte de testigos mudas/os a anunciadoras/es de un mundo sin muros, bombas o desplazadas/os. Son mujeres y hombres que fueron educadas/os en la escuela de Jesús, de un Jesús que se mueve, recorre el territorio, encuentra, visita, camina a nuestro lado.

Vemos entonces, una historia humana hecha de peregrinajes al igual que la historia bíblica, a la que encontramos llena de mujeres y hombres en búsqueda. La humanidad en sí, tiene un corazón inquieto, porque está habita-

da de un Dios que la interpela y la dinamiza a través del movimiento constante. «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (San Agustín).

7. Salir tiene sentido porque se va al encuentro

Estamos viviendo en un universo multicultural. Las culturas, que no son abstractas, ni estáticas, sino que están conformadas por personas que se encuentran y desencuentran diariamente, se dejan permear por la otredad, pintando de colores diversos a quienes habitan la tierra. Los nuevos desiertos son habitados por residentes emergentes que están tejiendo una cohesión social significativa y emancipadora. La cuestión de la relación con la/el otra/o, con la/el diferente, nos estimula a contar con su presencia, con su cuerpo, con su diversidad, a partir de aquí, se visibiliza lo que está naciendo en los acercamientos e interacciones personales y en la riqueza del mundo global en el que vivimos.

Hoy como ayer: salir, caminar, migrar, tiene sentido, porque se va al encuentro. Salir, es también una experiencia que constituye la naturaleza humana porque tiene

un aire transformador. La persona a lo largo del camino experimenta “nuevos modos” de habitar la existencia, de mirarse, pensarse y relacionarse. Migrar permite ir más allá de sí, para encontrar no sólo mejores condiciones de vida, sino, un sinfín de tierras prometidas, para acercarse a otras personas, pueblos y culturas, en donde encontrar sentido de vida, e ir al encuentro de Quien nos trasciende.

La vida humana en este sentido es camino, con un punto de partida, una meta, un trayecto y un horizonte. Caminar ayuda a actuar “fuera de pista”. Es verdad que, por una parte, quien camina hace cuentas con su trayecto, sus propias fuerzas, fatigas, planea sus paradas. Por la otra, decide correr el riesgo de salir de su zona de confort, para abrirse al paisaje de las nuevas relaciones, a lo inesperado e inexplorado, a nuevos encuentros y sensaciones, a confiar y recorrer la propia existencia.

La vida, como el caminar, nos recuerda que se hace paso a paso, recorriendo y habitando la geografía con el propio cuerpo. Quien itinera, va abriendo brechas, lógicas, esquemas, ritmos, permeando culturas, tejiendo encuentros, haciendo memoria de

los acontecimientos vividos, elaborando nuevos discursos, relecturas, hermenéuticas de la realidad, símbolos de hospitalidad que acompañan nuestro legado. Eco de esto, es Emaús.

El camino es una experiencia inédita que cuenta con un itinerario, una pedagogía transformadora, crítica, profética y esperanzadora del cuidado de la persona en su realidad. El camino es un proceso de cambio personal, un lugar pedagógico de cura, de aprendizajes mórbidos, abierto al estupear, a una mirada dinamizadora, a la libertad de pensamiento y de acción. Nos mueve a dilatar el corazón e interesarnos en la suerte de las demás personas, a acercarnos a las/los samaritanas/os que encontramos de ida y vuelta. Porque el camino es la ocasión, el *Kairós*, el tiempo pedagógico de un movimiento que vivifica, deja huella y sabor a otro sentir.

8. Hacia una Nueva Realidad desde la experiencia de la Hospitalidad

Sin embargo, valdría la pena mapear nuestras inquietudes.

¿Cuántos kilómetros tendríamos aún que caminar para dejar de ser extrañas/os y volvernos amigas/os? Así como, para sentir nuestra ciudadanía universal, para contarnos e interesarnos en lo que pasa a nivel mundial, para narrarnos los sinsabores, las buenas nuevas, el progreso solidario, para aprender de los dinamismos de saberes, de la integración cultural, de historias vividas que se vuelven narrativa e imagen colectiva, en este circular de subjetividades, comunidades y cultura que inciden en los territorios con su presencia.

El camino es colectivo, pero está hecho de identidades particulares, donde cada una/o es responsable y cuidador/a de su propia generación. Cada persona es donde habita, hilo tejedor de relaciones e interconexiones, una pieza para ayudar a construir una cultura de creación acogedora, en permanente apertura al encuentro. Pues la Sabiduría Divina se expresa y se nos hace prójima en todos los detalles de la vida.

Que arda nuestro corazón si somos signo de acogida y hospitalidad



Estemos a tiempo y a destiempo para lo que Dios quiera, para las personas, para nosotras/os mismas/os.

Que arda nuestro corazón al abrirnos al diálogo, a la amistad, mientras compartimos historias de vida, recuerdos, legados, cambios personales y sociales.

Que arda nuestro corazón en el esfuerzo físico de avanzar, porque en el camino, las personas crean entre ellas vínculos fuertes, que no podrían darse en una simple conversación.

Que arda nuestro corazón al hacernos cuerpo colectivo, compartiendo espacios múltiples, tiempos y lugares sagrados de experiencia humana-espiritual.

Que arda nuestro corazón comunitario al responder a desafíos y fronteras, a sueños y esperanzas contenidas.

Que arda nuestro corazón al hilvanar identidad, pertenencia y pasión, creando vínculos y conexiones que encaminen a un mundo sentipensante.

Que arda nuestro corazón al decidarnos a desdibujar fronteras y ser tierra de acogida, mesa compartida para que nadie que camina, se sienta en abandono.

Que arda nuestro corazón al habitar nuestra casa común, siendo sacramentos de hospitalidad en medio de la controvertida tendencia global al descarte y la exclusión.

Que arda nuestro corazón al *convertirnos* en territorio y lugar por donde la vida transita, inventa, crea y se levanta.

¡Que arda nuestro corazón al *salir a prisa al encuentro de la vida!*

EXPERIENCIAS

UN ENCUENTRO CON EL DIOS COMPASIVO Y MISERICORDIOSO PRESENTE EN LAS PERSONAS VÍCTIMAS DE LA TRATA

Comisión de Trata

“Somos llamadas a construir la vida, abiertas a los llamados del Espíritu que se manifiestan, en los signos de los tiempos y ape-lan a nuestra presencia, allí donde la vida está por un hilo... Es preciso recoger los pedazos de vida que todavía sobran antes de que se pierdan”. (Ana Roy)

La Vida Religiosa Consagrada tiene como vocación misionera ser signo del modo de ser de Dios en el mundo. Revelar la primacía del amor de Dios para con la hu-manidad, sobre todo con quien su-fre. Estar presente junto a las/os empobrecidas/os, es para las reli-giosas y religiosos, las/os cristia-nas/os, una misión de ser la Bue-na Noticia del Evangelio en medio de ellos, marcando su praxis en la mística de la encarnación de Je-sús de Nazaret que vino para que *todas/os tengan vida y vida en abundancia* (cf. Jn, 10, 10).

La VC procura discernir en cada momento histórico las llamadas de Dios, que nacen de los clamores de los pobres, pues, en cada épo-ca y contexto fueron presentán-dose como un elocuente clamor por la vida y la liberación. Muchas congregaciones fueron asumiendo espacios y proyectos concretos de

aproximación y compromisos, que expresan significativamente los valores de su *vocación-misión*. La misión en Red junto a las víctimas de la trata de personas es fruto de esta sensibilidad compasiva.

Los clamores de las mujeres, adolescentes y niñas víctimas de la trata de personas fueron sentidos como un incesante grito de Dios en la Vida, y por la fuerza del carisma y de la misión de seguir a Jesús en el camino de los pobres. La Vida Religiosa Consagrada, en un movimiento dinámico de fe y solidaridad, se sintió convocada a vivir la Consagración-Misión en las periferias y fronteras de las causas humanas, auscultando las interpelaciones de Dios en el hoy de la historia. Actuando en redes Intercongregacionales, ellas, han vivido la *cultura del encuentro* junto a las víctimas de la Trata de personas como espacio sagrado de la misericordia de Dios y superación de la indiferencia reinante en la sociedad.

La hermana Roselei Bertoldo, colaboradora de la Red Un Grito por la Vida, en la Región Norte de Brasil, comparte su vivencia de encuentro y acogida misericordiosa junto a las mujeres víctimas de la trata de la Región Amazónica:

“Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona, cuando ve con ojos sinceros al hermano, la hermana que encuentra en el camino de la vida. (Misericordiae Vultus n. 2)

Estamos viviendo un tiempo propicio donde somos convocadas/os a reconocer, contemplar y servir el rostro concreto de la misericordia en el rostro de las personas, en el lugar donde estamos. Podría mencionar la experiencia en acciones de enfrentamiento al tráfico de personas en el estado del Amazonas y la acogida y acompañamiento a las mujeres que fueron víctimas de ese crimen.

Estas historias provocan en nosotras/os diversos sentimientos. Trabajar a conciencia por detectar el tráfico de personas, en la región del Amazonas, así como recibir las historias de vida y acompañar a personas víctimas de este crimen, nos confirma lo que sabemos: que el tráfico de personas existe y es real. Cuando escuchamos sus historias descubrimos en el acompañamiento voces de este crimen, que destruye la vida de las personas víctimas de esta violencia y a sus familias. Es un atropello a la vida, pues roban sus sueños, su

dignidad, que es el bien más precioso que toda persona tiene.

Hablar de misericordia es hablar de estos rostros concretos: Nara, 19 años y Silvia, 23 años, vivían en una ciudad del interior del Amazonas, fueron llamadas para ir a trabajar como cocineras en una mina en Paramaribo Suriname. En todo el viaje hasta la llegada a la mina fueron explotadas sexualmente, les prohibieron salir, vivieron múltiples formas de explotación; solo, después de muchos intentos de huida, lo consiguieron.

Lía, 18 años, empezó una relación con un señor por internet. Después de un tiempo, él le envió el pasaje para viajar a España. Al llegar allá, quedó prisionera y fue obligada a prostituirse en una casa nocturna. Vivió allí por dos años, hasta que logró huir, hoy rehízo su vida y trabaja como vendedora de café en una terminal del ómnibus, en Manaos.

Estas mujeres actualmente están reconstruyendo sus vidas, han logrado volver. Pero, hay otras tantas historias de mujeres que buscando sueños de una vida mejor, perdieron el sentido de su

existencia. Las víctimas que pudieron liberarse se volvieron guerreras, y hoy, silenciosamente, contribuyen en la lucha contra el tráfico de mujeres con fines de explotación sexual. Ellas transmiten sus historias de sufrimiento a otras, porque conocen la crueldad de las redes de mafiosos que las apartan y aíslan, causando un terrible efecto mental como: estrés emocional, vergüenza, pesar, miedo, desconfianza, abusos físicos, pensamientos suicidas, disturbios post-traumáticos de stress, ansiedad aguda, depresión e insomnio.

En este encuentro, con cada rostro, el mismo Jesús se hace presente. Él nos mueve a permanecer en los diversos lugares socialmente rechazados, lugares de exclusión y de marginalidad, lugares donde no queremos estar, lugares donde las miradas son de discriminación y de juicio. Jesús nos desafía a estar y a vivir la misericordia. Estos lugares están habitados por mujeres que han sido víctimas de violencia y del crimen del tráfico de personas, víctimas de abuso y de explotación sexual. Algunas de ellas al no encontrar otros espacios de trabajo o inclusión social, buscan sobrevivir entre bares, calles y plazas.

Vivir la misericordia a partir de este suelo, exige de nosotras/os una entrega gratuita de vida, escucha y acogida, es decir, acciones que contribuyan a dar alternativas. En estos espacios nos encontramos con la vida descartada, excluida, enferma y muchas veces fracasada. ¿Quién va a curar esas grandes heridas provocadas por una sociedad patriarcal, machista, capitalista excluyente? Aquel que es misericordia, amor, ternura, luz, alegría, paz. Él espera que nosotras/os seamos para el mundo y para estas mujeres la esperanza de un futuro mejor.

La esperanza pasa por la liberación, la no explotación, por una vida digna que es fruto de la cultura del encuentro y de la misericordia irradiada en la vida. El amor a la hermana víctima del crimen del tráfico humano, debe ser traducido en actos concretos cotidianos: visitándolas, acogiéndolas, confortándolas, visibilizándolas y asistiéndolas cuidadosamente.

Nuestro gran desafío y compromiso es no desviar la mirada de este grave crimen de violación de derechos y de dignidad. Al contrario, ver, escuchar, acoger, sentir y renovar la vida de esas mujeres

en la vivencia de la misericordia y en la ternura de Dios que es padre y madre.

Estamos llamadas/os a contribuir para que ellas puedan recorrer un nuevo camino, redescubriendo el sentido y la belleza de la vida que nace del encuentro con Jesús y la tan soñada liberación. Es una oportunidad para dejar que Dios toque el corazón de cada persona con su amor y poder así celebrar la liberación renovada por la misericordia de Dios, que hace brotar del dolor, una esperanza que engendra vida. La invitación es para que cada una de nosotras/os nos levantemos de nuestros lugares seguros y vayamos a los lugares heridos, allí, donde nos esperan, para ayudar a restituir la vida.

El relato de la Hermana Roselei, nos revela que la *cultura del encuentro* con las víctimas de la trata de personas, pasa por la acogida, proximidad, respeto y capacidad de compasión. El encuentro marcado por el reconocimiento; en la mirada a los ojos; en la historia que el otro lleva consigo; en el nombre, que identifica y personaliza a aquel en quien encontramos la capacidad de dejarse tocar por la realidad de dolor y

sentir como propios los sueños de una vida mejor, que restauran la vida de nuestras hermanas y hermanos vulnerados por la trata de personas.

El encuentro es lugar y espacio de humanización, es epifanía de algo mayor, es la manifestación de una realidad salvífica de Dios. Sintámonos todas y todos interpeladas/os a salir, a ir al encuentro, a sumar en la misión en las redes de enfrentamiento de trata de personas de nuestros países, siendo la Buena Nueva del Reino de Dios para las personas más excluidas de los derechos y violadas en su dignidad como sucede con aquellas que se convirtieron en ‘mercancía’ por causa de la explotación en la trata de personas.

Concluimos citando al Papa Francisco en su mensaje para el día Mundial del Migrante y del Refugiado (17.02.2016): *“Nadie puede fingir que no se siente interpelado por las nuevas formas de esclavitud gestionadas por organizaciones criminales que venden*

y compran hombres, mujeres y niños como trabajadores forzados en la construcción civil, en la agricultura, en la pesca o en otros ámbitos de mercado. ¡Cuántos menores son, todavía hoy, obligados a alistarse en los ejércitos que los transforman en niños-soldados! ¡Cuántas personas son víctimas del tráfico de órganos, de la mendicidad forzada y de la explotación sexual! De estos crímenes aberrantes huyen los prófugos de nuestro tiempo, que interpelan la Iglesia y la comunidad humana, para que también ellos puedan ver, en la mano extendida de quien los acoge, el rostro del Señor, ‘el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación’” (2 Cor 1, 3).

De hecho, “¡Acoger al otro es acoger a Dios en persona! No dejen que les roben la esperanza y la alegría de vivir que brotan de la experiencia de la misericordia de Dios, el cual se manifiesta en las personas que encuentran a lo largo de sus caminos” (Papa Francisco).

DESAFÍOS DE LA CULTURA DEL ENCUENTRO PARA LAS NNGG

Comisión de NG

La urgente llamada de salir al encuentro

*Mario Pulido, SDS. Caracas
Coordinador de NNGG Venezuela*

Para nadie es un secreto la grave crisis humanitaria que se vive en casi toda América Latina en los últimos años; las Nuevas Generaciones de religiosas/os no sólo sufrimos esta crisis, sino que también, nos sentimos interpelados por el hermano que pasa hambre, sufre muertes violentas y demás males de nuestra sociedad. Esta llamada nos hace trabajar por una cultura del encuentro, que lejos de ser un concepto o frase bonita, significa una nueva forma de vida y modo de actuar con relación a los otros.

Sabemos que “la cultura del encuentro” no es algo nuevo en el mundo ni en la Iglesia, ya que tiene su fundamento en la praxis de Jesús mientras estuvo entre nosotras/os, como uno más, es decir, que en Él encuentra su significado vivo y actuante. Es en esta profunda visión teológica y pastoral típica del Papa Francisco en que las/os religiosas/os de hoy nos inspiramos, no por estar de “moda”, sino porque nuestra rea-

lidad lo está necesitando urgentemente. Un ejemplo de tal praxis la encontramos en acciones tales como: comunidades religiosas que se unen elevando sus voces para que cese el odio, la violencia, y la injusticia; una Nueva Generación que es capaz de apostar por la vida, saliendo de sus comodidades y uniéndose con otros para dar respuesta ante tanto sufrimiento; una Nueva Generación que ve el pasado de sus congregaciones y sale al encuentro de hermanas y hermanos mayores que han gastado su vida en favor del otro; una Nueva Generación que actualiza día a día su carisma con el frescor de la *Ruah Divina*.

Esta dura realidad que vive la inmensa mayoría de los latinoamericanos nos invita a salir de nuestra inercia y comodidades, no porque lo hayamos discernido así, sino porque la pobreza nos abraza a todas/os; eso no quiere decir que no exista aún un buen grupo de religiosas/os encerrados en sí mismos, viviendo de sus propios conceptos. Sin embargo, en las Nuevas Generaciones reiteramos la convicción de que sólo a partir del diálogo y el encuentro entre todas/os los actores (políticos, económicos, sociales y religiosos), además de

la voluntad compartida en la búsqueda de espacios para ese diálogo y encuentro, seremos capaces de construir una sociedad justa y democrática, tarea muy difícil en estos momentos, pues reina la anarquía en sus instituciones sociales, la corrupción ha llegado a índices insospechados, sumándole la pobreza antropológica-cultural en que estamos sometidos desde estas últimas décadas.

Frente a la situación antes descrita no queremos quedarnos en la constante queja, tampoco en la fría indiferencia; porque ella nos empuja a la búsqueda de la reconciliación y de la paz con justicia y verdad; además nos corresponde estimular, en nuestros espacios y apostolados, consensos y acuerdos que preserven las diferencias, los cuales nos permitan promover la equidad y superar la excesiva fragmentación social en la que vivimos; unido al firme compromiso por el respeto a normas básicas de convivencia, lo cual no elimina los conflictos, ni la diversidad.

Hoy, en nuestro continente no solamente sufrimos la pobreza y los altos índices de violencia, sino también la injusticia, fruto del mal ejercicio de la política y la implementación de un sistema fracasa-

do que ha estropeado el futuro de nuestros jóvenes. Este mal ejercicio de la política, que no construye el bien de todos los latinoamericanos, tiene su origen en el robo de la riqueza y recursos naturales, colocada en manos de unos pocos privilegiados, causando el detrimento de nuestro pueblo, cada día más pobre y hambriento.

Mi madre no duerme hasta que yo no llegue

Ana Rúbia Pereira Pinto, INSC Hnas. de Nuestra Señora del Calvario. Coordinadora NNGG Región Nordeste-Brasil.

Hoy escuché una reflexión sobre el sentido de la vida, por Mario Portella; me pareció interesante, él recordaba la letra de una música muy conocida por nosotros, aquí en Brasil, “el tren de las once”. Resaltaba exactamente esta frase: “mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)”

Pienso que esto nos ayuda a ver la cultura del encuentro en las Nuevas Generaciones, que son nuevas porque existieron otras antes y estas otras nos abrieron caminos para que lo nuevo acon-

teciera. La cultura del encuentro hoy, nos permite generar en nosotros una necesidad latente de que estemos juntas/os, de que nos importe los unos a los otros. La frase de esta música nos relaciona con la experiencia de encuentros y nos hace pensar: cómo es bueno poder volver y saber que alguien nos está esperando. Cómo es bueno pensar que en algún lugar alguien se preocupa por nosotros. Cómo es bueno saber que vamos a llegar y otro vendrá a nuestro encuentro, saludándonos con un abrazo, con una mirada, con un toque cariñoso cargado de calor.

Vivimos en un tiempo donde los encuentros son “en línea”, en el que las miradas son un “instrumento pequeño”, y en el que los abrazos pierden su calor original, porque el calor del abrazo está cargado de “irradiación”.

Me vuelve a la memoria la letra de la música “mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)”. Yo tengo un amigo que cuando conversamos siempre me dice: ¿qué de bueno obtienes de todo esto? ¿Qué necesitamos rescatar de lo bueno que quedó en las generaciones pasadas, además de la música de los 80? Recuerdo con mucha nostalgia las conversacio-

nes, los encuentros en la iglesia; la gente llamándome por mi nombre en las calles o en mi casa... Hoy oímos a alguien llamándonos, más por un aparato celular. Creo en los beneficios que la tecnología trae, pero creo también en el encuentro verdadero entre las personas. Eso, el internet no puede proporcionárnoslo.

Nosotros somos seres de relación, nos necesitamos unos a otros, y la máquina no sustituirá esta necesidad, somos seres de encuentros y desencuentros. Nacemos de un encuentro, que se da en la mirada, en un toque, en un abrazo, generando una vida. Cuando una madre recibe al hijo en los brazos acontece el primer encuentro, en los ojos se comunica y en el amor se establece la fuerza entre la madre y el hijo. El encuentro genera comunicación y la comunicación nos permite conocernos, nos permite intimidad, confianza. La confianza crea opciones que se desenvuelven a lo largo de la vida. Tales opciones nos llevan a establecer nuevas relaciones, salimos de nosotros mismos, y vamos al encuentro de lo desconocido. A veces hay desencuentro, pero las experiencias adquiridas nos estimulan a adquirir relaciones maduras.

“Mi madre no duerme hasta que yo no llegue (...)” una vez más esa música me hace pensar ahora en María. ¿Cuántas veces María perdió su noche de sueño como una buena madre esperando a su hijo? Una relación maternal que la Vida Religiosa Consagrada recibe como herencia de María, que ya en el útero enseñó a Jesús que debemos ayudarnos los unos a los otros, en su encuentro con Isabel (Lc 1, 39 ss), en las fiestas de las bodas de Caná (Jn 2, 1-5). María es la mujer inspiradora de la cultura del encuentro, modelo de Vida Consagrada, que nos enseña a mirar con ternura y con atención desde el corazón a todos. Nos enseña a no perder la esperanza y a colocarnos siempre en el camino del encuentro con el otro, en la lucha por la paz y la justicia (Lc 1, 46 ss), a que no seamos indiferentes a la realidad que nos rodea y no establezcamos límites para un verdadero encuentro, un verdadero diálogo (Lc 1, 29-37). Esto también es cultura del encuentro e intercambio de experiencias generacionales.

En la Vida Religiosa Consagrada tenemos este desafío, recrear lazos, buscar entre las generaciones diálogos y no monólogos, buscar y dejarse encontrar por la ener-

gía que rodea a la vida: el amor. Conectarnos con el único que nos hace ser únicos. Jesús nos enseña el camino cuando nos dice: el Padre y yo somos uno. Nosotros somos uno en el creador, nosotros somos uno en la creación.

Jesús, en cuanto hombre, vivió relaciones de afecto con las personas, nada le impedía una mirada, estar al lado, oír, alegrarse y llorar con el dolor del otro (Jn 2, 3-4.8.11), Jesús no perdía la oportunidad de presentar a las personas el rostro misericordioso del padre, él amó y nos enseñó a amar, vivió su humanidad con tanta intensidad que se divinizó al punto que Felipe le llegó a pedir: “Señor muéstranos al Padre” y Jesús le dijo: “Tanto tiempo que estoy contigo” (Jn 14, 8-9). No tengamos miedo del encuentro con el diferente, el desconocido, pues él siempre nos llevará al encuentro con el creador. Que en medio de muchos quehaceres consigamos encontrar nuestra esencia: ser consagrados para amar, ser consagrados para el encuentro. Como Jesús, tener la sensibilidad de percibir cuando alguien nos toque y preguntar: ¿quién me tocó? A partir de ahí comenzar una nueva historia...

Hacia el encuentro en una cultura de desencuentros

H. Gustavo Luís Prado Ribeiro, FMS (Marista) - Belo Horizonte - Brasil.

El antropólogo Lévi-Strauss define cultura como “un sistema simbólico, que es una creación acumulativa de la mente humana”. Es decir que es un producto de la propia naturaleza humana, algo que puede ser adquirido, aprendido, cultivado. Cuando hablamos de una cultura del encuentro, podemos entender algo que pasó a hacer parte de nuestras relaciones, porque fue aprendido, construido, que primordialmente, hace parte de nuestra esencia humana de relación, de abrirse al otro, que permite el intercambio, el compartir.

Es extremadamente paradójico hablar de encuentro cuando vivimos tiempos de total fragmentación y fluidez. Todo parece moverse de manera autónoma e independiente. La gente parece dar prioridad cada vez más a la “privacidad anunciada”. La idea

reinante es la de la realización personal, siempre personal y autorreferencial.

Este escenario no está distante de la Vida Religiosa Consagrada. Parece que aquellas y aquellos que deberían vivir de manera contracultural adecuaron sus estilos de vida a lo vigente en nuestras sociedades individualistas. Ajustamos nuestras vidas a las nuevas exigencias posmodernas, pidiendo que se garantice nuestra privacidad irrestricta, en la que entran solamente, aquellos a los cuales les permitimos. No podemos vivir más en comunidades donde cohabitan religiosos de edades diferentes, y los jóvenes no pueden vivir con los ancianos, porque los lugares apropiados

para los religiosos ancianos son las enfermerías.

Es imperativo para los jóvenes de hoy, sobre todo para las Nuevas Generaciones de la Vida Religiosa Consagrada, la construcción de una nueva cultura, y una cultura que sea del encuentro. Nada nos debe parecer imposible cambiar, como nos dice Bertolt Brecht, porque algunos signos de esperanza ya comienzan a surgir. Las Nuevas Generaciones de la VRC estamos llamadas a asumir el desafío de ser “Sacramento de la Novedad” y ofrecer lo poco que somos y poseemos para transformar nuestras realidades y salir al encuentro. Porque cuando encontramos al otro nos encontramos y sabemos un poco más quiénes somos.

EXPERIENCIAS DE LA CULTURA DEL ENCUENTRO EN LO AFRO E INDÍGENA

Comisión Intercultural

Entre el 1500 y el 1800 la Iglesia Católica y las comunidades religiosas participaron y se lucraron del sistema esclavista y colonial; a pesar de ello, algunos disidentes asumieron actitudes proféticas. En defensa de los esclavizados africanos estuvieron, entre otros, los capuchinos José Francisco Jaca y Aragón y Epifanio Moirans, quienes hacia 1680 cuestionaban abiertamente el sistema esclavista, exigiendo pedidos de perdón y restitución¹. En el caso indígena es conocida la defensa de misioneras/os y religiosas/os como Antonio de Montesinos, Bartolomé de las Casas², Francisco de Vitoria, José de Acosta y San Pedro Claver.

La Vida Religiosa en América Latina busca por vocación, crecer en Espíritu y hermandad para estar donde la vida clama, en especial cerca de las comunidades afro e indígenas, apreciando los valores evangélicos presentes en su cultura, como lo recomendaba Juan Pablo II en el Mensaje a las/os Afroamericanos de 1992³.

¹ MOIRANS, Epifanio (p. cap.). *Siervos libres: Una propuesta antiesclavista a finales del siglo XVII*. Madrid: CSIC, 2007; Págs. 13-15.

² Fray Bartolomé de las Casas no solo defendió a los indígenas sino también a los esclavizados africanos, como lo demuestra en la obra: *Brevisima relación de la Destrucción de África*, editorial San Esteban, Salamanca, 1989.

³ *Documento de Santo Domingo*, Anexo 2. N°2.

Centralidad del Cristo negro e indígena

Uno de los fundamentos sobre los cuales se construye la Vida Religiosa es 'la interculturalidad', con la cual se robustecen las identidades, a la vez que se asumen las diferencias culturales en una misma comunidad, valorando las influencias mutuas que se dan en lo cotidiano de la vida, pero sin forzar la igualdad.

La experiencia de Dios en el camino de las comunidades afrodescendientes e indígenas radica en su espiritualidad y vivencia de fe que facilitan el diálogo interreligioso con el cual se construye la "casa común". De este modo las/os afros e indígenas se hermanan con la tradición cristiana y el rostro de la Iglesia se vuelve más afro e indígena⁴. Al respecto, en 1984 los obispos negros de Estados Unidos afirmaban que, "hay una riqueza

*za en nuestra experiencia negra que debemos compartir con todo el pueblo de Dios. Estos son dones que forman parte del pasado africano. Pues los hemos oído con oídos negros, los hemos visto con ojos negros y los hemos entendido con corazones africanos... Así como reclamamos los dones de la raza negra, compartimos estos dones dentro de la comunidad negra total y dentro de la Iglesia, pues es al dar que recibimos"*⁵.

La interculturalidad es siempre un reto, debido a las complejidades de la vida y a las diversas formas de afrontar los problemas. En varias comunidades religiosas se da una interculturalidad "de hecho" con la presencia de personas procedentes de distintos países y continentes. Allí, afrontando los conflictos, incomprendiones y desigualdades, se construye una hermandad llena de acogida, diálogo y reciprocidad.

⁴ *Vuestro patrimonio cultural negro enriquece la Iglesia y completa su testimonio de universalidad, de manera muy real y concreta la Iglesia tiene necesidad de vosotros del mismo modo que vosotros tenéis necesidad de la Iglesia.* Discurso de Juan Pablo II a los representantes de la comunidad Católica Negra de New Orleans, 12 de septiembre 1987. En Cuadernos de Espiritualidad Afroamericana N° 1-2. 1989. Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito. Pág. 21.

⁵ Carta pastoral sobre la evangelización, de los obispos negros de Estados Unidos, a nuestros hermanos y hermanas católicos negros. En *Iglesia y Pueblo Negro*, (1984). Cuadernos de Espiritualidad Afroamericana N° 3-4. 1990. Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito. Pág. 61-62.

En las comunidades religiosas y en los seminarios algunos se creen “superiores”, y piensan que los indígenas y afros deben asumir las costumbres europeas. De alguna forma el mal del racismo ha entrado en la Iglesia, así lo reconocían los obispos norteamericanos en 1979⁶. Aunque hayan aumentado las vocaciones, no son pocas/os las/os afros e indígenas que encuentran obstáculos y dificultades por las cuales se retiran. Así se priva a las comunidades y al pueblo de Dios de sus dones.

Jesús nos enseña el camino de reconocimiento del otro con sus palabras y gestos, como en el caso de la sirofenicia (Mc 7, 24-30). No podemos ser conniventes con políticas y regímenes que mantienen situaciones injustas e intolerables (EG 194). Es por ello por lo que la Iglesia y la Vida Religiosa, tienen que estar en permanente actitud de salida hacia las periferias socio-culturales donde impera la injusticia (EG 30).

El compromiso con la justicia, nos da también, la oportunidad

de colaborar con personas e instituciones que tienen cultura y fe diferentes de la nuestra, como los judíos y musulmanes, e inclusive con las religiones indígenas y afroamericanas, debe ser: *“Un diálogo en el que se busquen la paz social y la justicia es en sí mismo, más allá de lo meramente pragmático, un compromiso ético que crea nuevas condiciones sociales”* (EG 250).

¿Cómo ha sido ayer y hoy la interculturalidad en la Vida Religiosa?

Las comunidades religiosas se sirvieron de los esclavos para actividades domésticas, agrícolas y mineras. Muestra de ello es el convento de Santa Catalina, de Arequipa-Perú fundado en 1579 por Doña María de Guzmán, primera pobladora y priora, quien ingresó con su propia esclava de servicio. A las/os afro e indígenas se les impedía el acceso a cargos públicos y eclesiásticos; para este fin se utilizó el mecanismo de la ‘limpieza de sangre’ (no tener ascendencia afro o indígena hasta la cuarta generación) para justificar su rechazo y exclusión⁷.

⁶ Brothers and sisters to us : U.S. Bishops’ Pastoral letter on racism in our day, November 14, 1979. Disponible en: <https://archive.org/details/brotherssisterstcath>

⁷ Si en las historia de la Iglesia Americana, muchos hombres Negros y mujeres Negras se encontraron con sus vocaciones hacia la vida religiosa y el sacerdocio, bloqueadas por actitudes racistas; esto ya no es tolerable. Carta pastoral sobre la evangelización, de los obispos negros de Estados Unidos, a nuestros hermanos y hermanas católicos negros. En Iglesia y Pueblo Negro, (1984). Cuadernos de Espiritualidad Afroamericana N° 3-4. 1990. Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito. Pág 83.

Poco a poco se fue dando espacio a la participación de las/os afros/os e indígenas en la Vida Religiosa, aceptándolas/os como “donados” a algún santo o como “legos;” status considerados inferiores y relacionados con servidumbre.

La mentalidad que se ha forjado a través de siglos de historia, no ha desaparecido; esto se refleja en las constituciones de algunas congregaciones que no querían aceptar negros e indígenas. Hacia mediados del 1900 en algunos seminarios latinoamericanos se les cambiaba el apellido original por uno español. Fue sobre todo a partir del Vaticano II, cuando se abrieron las puertas a las vocaciones afros e indígenas. En la actualidad se nota en América y el Caribe una presencia consistente de vocaciones religiosas y sacerdotales. En los últimos años varias/os religiosas/os afros/os e indígenas han llegado a las direcciones generales en sus congregaciones, e incluso algunos son obispos.

Aunque las/os afros/os e indígenas van ganando aceptación, persiste en algunas/os religiosas/os un rechazo solapado y a veces abierto hacia sus cohermanas/os. Hubo

casos extremos como el de una religiosa anciana y enferma que no quería el servicio de una hermana negra de la misma comunidad.

La convivencia entre miembros de una comunidad de diferentes culturas, afros, indígenas, mestizos, europeos, es de hecho una viva expresión de interculturalidad. Al mismo tiempo que es una gran riqueza, exige de cada congregación tolerancia, conocimiento recíproco y valoración. Al fortalecer la identidad de cada miembro, se va forjando una comunidad nueva que ya en sí misma es testimonio y profecía a favor del Reino. Cuando hay reciprocidad entre personas de grupos étnicos diferentes, se produce un encuentro profundamente humano; allí vibra la vida, como en la visita de María a Isabel en actitud de acogida y de servicio (Lc 1, 39-45).

¿Qué experiencias de ‘Encuentro intercultural’ se están dando en la Vida Religiosa Latinoamericana?

Comunidades que viven la fraternidad y la interculturalidad han ido brotando a lo largo de América. Una iniciativa fue la creación en Brasil del GRENI en los años 80. Son grupos de religiosas/os

afras/os e indígenas que están todavía presentes en varios estados y son reconocidos por la Conferencia de Religiosos de Brasil. A partir de los carismas, cada congregación aporta para un mejor entendimiento. Afros, indígenas y mestizos mantienen relaciones profundas, unificados por la misma fe y unión a Cristo, a través de sus tradiciones ancestrales, la escucha de Palabra y la práctica.

A raíz del terremoto de Haití en el 2010, la CLAR se vinculó a los gestos de solidaridad mundial conformando una comunidad intercongregacional, que en la actualidad continúa ofreciendo un servicio calificado desde los principios de la Vida Consagrada y es un ejemplo de interculturalidad para América.

En el área metropolitana de Bogotá, en los Altos de Cazucá, municipio de Soacha, zona de una fuerte presencia afro, viven en modalidad de inserción y trabajando en red: Hermanas Juanistas, Combonianos, Compañía de Santa Teresa de Jesús, Hermanitas de Nazaret, entre otras. El objetivo principal es la formación de ‘pequeñas comunidades eclesiales con rostro negro’, que

junto con otras comunidades étnicas experimentan la complementariedad y la interculturalidad. Favorecen el protagonismo de los laicos y los ministerios laicales. Dan prioridad al análisis de la realidad social desde la escucha de la Palabra. Se apoyan en la Comisión de Justicia y Paz de la CRC y otras organizaciones que comparten fines comunes, siendo testigos y profetas del Evangelio.

Actualmente existe una presencia significativa de religiosas y religiosos africanos, especialmente, de congregaciones misioneras como los Verbitas, Consolatas y Consolatos, Combonianas y Combonianos, Teresitas, Terciarias Capuchinas, Misioneras de la Madre Laura, Vicentinas, etc. Algunas y algunos desarrollan su labor pastoral desde su particularidad acompañando al pueblo afro en varios países del Litoral Pacífico suramericano.

Hay una vinculación con el Foro Social Mundial y con la Red Panamazónica-REPAM, con redes como la comisión Colombiana Ecuuménica por la Paz, la Comisión de Justicia y Paz de la Conferencia de Religiosos y en colaboración con las pastorales sociales.

Formación para la interculturalidad

Si se quiere estar en un nivel de paridad, debe existir una formación que permita conocer los valores de las/os demás. El periodo de formación tanto en las comunidades religiosas como en los seminarios, no solo no debería alejar, sino que debería fortalecer los lazos con las comunidades de origen y el compromiso con sus justas reivindicaciones. Un peligro que se debe evitar es el “blanqueamiento” que tanto daño hace en las comunidades afros e indígenas.

A nivel civil se impulsa la etnoeducación, la cual debe ser mejor valorada por las Conferencias de Religiosos para que se propicie una formación con talleres o asignaturas interculturales que permitan a las/os religiosas/os afros/os, indígenas y mestizas/os reconocer sus valores ancestrales y culturales. Al mismo tiempo se experimenta un nuevo Pentecostés desde el reconocimiento de sus raíces, lo cual aporta a la Evangelización de sus pueblos, porque... ¿Cómo podrán entender, si nadie

los ha guiado para descubrir su riqueza desde la fe de las comunidades tradicionales negras? Así como al eunuco Etíope lo instruyó Felipe en las Escrituras (Hch 8, 30-31) es necesario propiciar una cultura del encuentro en la formación desde la fe ancestral.

Es valiosa la experiencia de encuentros de sacerdotes, religiosas y religiosos afros/os e indígenas que se han promovido en los distintos países de América Latina. Por ejemplo: en Brasil el Instituto Mariama de obispos, sacerdotes y seminaristas negros. En Colombia existen entidades como la Comisión de Etnias de la Conferencia Episcopal y el Centro de Pastoral Afrocolombiana (CEPAC), donde se comparten experiencias pastorales y congregacionales.

Sería oportuno que las religiosas y los religiosos afros/os e indígenas se comprometieran con su pueblo⁸, en el acompañamiento a sus organizaciones, y especialmente apoyando a los laicos comprometidos con la causa afro e indígena desde la fe.

⁸ Como dicen los obispos de Estados Unidos, “no solo los negros, sino todos los que trabajan en y con la comunidad negra deben entender la historia, los valores, la cultura y la conducta de la comunidad negra, y también de los americanos nativos... más aún las oportunidades para tener contactos interculturales, deberían ofrecerse para capacitar a los futuros ministros a que sepan apreciar los valores positivos que ofrecen otras culturas”. Carta Pastoral sobre la Evangelización, de los obispos Negros de Estados Unidos. En *Iglesia y Pueblo Negro, Cuadernos de Espiritualidad Afroamericana* N° 3-4. 1990. Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito. Pág. 86.

Es positivo que los laicos afros e indígenas sean cada vez más protagonistas, no solo por la escasez de las vocaciones, sino porque es el mismo Espíritu que está presente en ellos, quien los alienta junto con el bautismo y la Palabra haciéndolos crecer en la convivencia, la justicia, la paz y la integridad con la creación.

Conclusión

Las experiencias que se hacen de la cultura del encuentro y lo Intercultural en las comunidades eclesiales y religiosas, tanto indígena como afro y otras organizaciones políticas y económicas, son signos concretos que revelan cómo: *“La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!”* (EG 278).

La apuesta es ser Iglesia-CLAR y pueblo afro e indígena, que vive la consigna “salgamos aprisa al

encuentro de la vida”. Es necesario acoger la invitación de Papa Francisco a trabajar en la construcción de la Casa Común y en la valorización de la dignidad de cada persona. Los pueblos afros e indígenas son un ejemplo de esta tarea, pues su amor por la naturaleza se expresa en el cuidado y la conservación, a diferencia de quienes llegando de fuera la despojan y contaminan como se ha dicho en el Primer Encuentro Continental de la Asamblea del Pueblo de Dios (Quito-1992).

Hay un progreso liberador en la Vida Consagrada afro-indígena cuya apertura a las diferentes culturas y lenguas, se inició en las primeras comunidades cristianas con el evento de Pentecostés (Hch 2, 1-13). Pablo VI en Kampala, Uganda invitaba a apreciar y recibir con gratitud los dones que Dios ha puesto en las culturas africanas: *“Vosotros seréis capaces de traer a la Iglesia Católica la preciosa y original contribución de la “negritud”, que ella necesita particularmente en esta hora histórica”*⁹.

El Congreso Internacional de la Vida Consagrada realizado en Bo-

⁹ Homilia de Pablo VI en Kampala-Uganda en la celebración Eucarística de la Clausura del Simposio de los Obispos de África. 31 de Julio de 1969, Disponible en: http://w2.vatican.va/content/paul-vi/fr/homilies/1969/documents/hf_p-vi_hom_19690731.html

gotá (2015) ha manifestado la urgencia de la intercongregacionalidad y el trabajo conjunto entre las diferentes familias religiosas, aunando fuerzas para ser más efectivos en el anuncio del Evangelio con el testimonio y la profecía. Al respecto el papa Francisco nos invita a abrirnos cada día

más a los pueblos a los que anunciamos la Buena Nueva de Jesús como discípulas/os y misioneras/os, sin hacer diferencias, porque como dice Pablo: *No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todas/os sois uno en Cristo Jesús* (Gálatas 3, 28).

EXPERIENCIA INTERGENERACIONAL LAICOS Y VIDA CONSAGRADA

Yolanda
Barrios Mora*

En el año 2007 y con el nombre de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, nace la obra de Dios que pretende dar ayuda a hombres, entre 18-65 años, que son víctimas de la enfermedad de la adicción a sustancias psicoactivas, mejor conocidas como drogas. El camino se torna difícil e inicia un largo éxodo y el proyecto debe trasladarse de un lugar a otro, sin encontrar un lugar fijo en el cual permanecer.

Para el año 2008, el proyecto Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, se ve fuertemente azotado por la pruebas y a punto de sucumbir, pero la misericordia de Dios no se hace esperar y es en este momento trascendental, cuando La Asociación Casa Hogar San José, perteneciente a la Pastoral Social de la Arquidiócesis de San José, Costa Rica, tiende una mano para rescatar tan preciada obra de Dios.

En este mismo año 2008, el proyecto adquiere mayor fuerza, es entonces acogido por la parroquia de San Gabriel de Aserrí, ubicada en un pequeño pueblo en las lejanías de San José; el párroco de aquel entonces, Pbro. Luis Herrera, ofrece un importante

* Privilegiada hija de la Santa Madre Iglesia; bendecida por Dios con el don de la maternidad, madre de tres hijos; psicóloga y consejera en adicciones; laica de la congregación de las hermanas del Buen Pastor, hija amante de Santa Ma. Eufrasia. Por la misericordia de Dios fundadora de Casa Hogar San Gabriel, espacio donde vivo la espiritualidad del Buen Pastor, basada en el celo por la salvación de las personas en quienes sembramos esperanza por haber perdido su dignidad en el consumo de las diferentes sustancias psicoactivas.

apoyo a los usuarios de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

La obra de Dios se va perfilando basada en la figura de Jesús Buen Pastor y su eterna misericordia para rescatar a sus ovejas perdidas, es una obra de Iglesia que está profundamente marcada por la espiritualidad de las hermanas del Buen Pastor y su fundadora Santa Ma. Eufrasia Pelletier, dada la cercanía, amistad y apoyo espiritual que las hermanas mantienen con el proyecto.

Para ese entonces, algunos cambios importantes se dan en Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, que tomará el nombre de Casa Hogar San Gabriel y albergará solamente a personas de zona rural, siempre víctimas de la enfermedad de la adicción, pero con perfil diferente a los consumidores de zonas urbanas; los principios cristianos se constituyen en uno de los pilares más importantes del tratamiento; la misericordia de Jesús Buen Pastor y la providencia divina, abrazan aquel pequeño hogar constituido en albergue de esperanza y amor para aquellos a quienes las drogas les habían robado la dignidad de hijos de Dios.

El tiempo y la obra de Dios se consolidaban con mayor fuerza cada día, la demanda de los jóvenes era cada vez mayor. No había lujos ni riqueza en aquel sencillo hogar; por el contrario, mucha austeridad y hasta un poco de pobreza dentro de aquella pequeña casa de madera vieja, que apenas lograba albergar y suplir necesidades muy básicas de sus habitantes, que lejos de desanimarse alguna vez acrecentaban la fe en El que provee lo necesario y cumple sus promesas: “El Señor es mi Pastor nada me faltará” Sal 23, 1.

Casi siete años de arduo trabajo en bien de las almas, bajo el lema de Santa Ma. Eufrasia: “Un alma vale más que un mundo”, siete años caminando en la fe y la misericordia. Mas los tiempos de prueba no se hicieron esperar y la tormenta volvió a azotar y esta vez con mayor fuerza la obra de Dios; pero la fe sostenía con gran fuerza aquella preciada obra, como el árbol a sus ramas, y cuando todo parecía sucumbir el Pastor de los Pastores extendía su mano protectora. “Aunque pase por quebradas oscuras, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo con tu vara y tu cayado y al verlas ningún mal temeré” Sal 23, 4.

Era el tiempo de la fe, era el tiempo de Dios... nadie estaba en aquel momento...solo Dios bastaba, tiempo de prueba, tiempo de abandono humano, pero aquella pequeña comunidad completa sabía creer y esperar: “levanto mis ojos a los montes de donde me vendrá el auxilio, el auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra” Sal 121, 1-2.

La convicción de que la obra era de Dios y Él la sostenía, no permitía que la fe desfalleciera: “La fe es aferrarse a lo que se espera, es la certeza de lo que no se ve” Heb. 11, 1. Era tiempo de salir de tan amado lugar, de aquella humilde casita que por tantos años nos albergó y fue testigo de la misericordia de Dios. Todo parecía incierto y oscuro en aquel momento, una noche que parecía eterna nos asechaba, pero nuestra fe no desfallecía. Dios tendría algo mejor para nosotros esa era nuestra esperanza; Dios nos estaba puliendo para recibir mayores bendiciones, esa era la certeza. Fue necesario acudir en busca de alimento espiritual a fuentes que nos fortalecían en el tiempo de prueba que atravesábamos. “No teman a las cruces amadas hijas. Abrácenlas cuando se les presentan. Las grandes obras se fun-

dan siempre en medio de grandes penalidades y de toda clase de pruebas. La acción de gracias debe subir siempre al cielo sin interrupción en los consuelos y en las tribulaciones” Santa Ma. Eufrasia.

Fue así como en el año 2014 tuvimos que abandonar la querida comunidad de San Gabriel e iniciar una nueva etapa, en otro lugar más distante y con mayores incomodidades, mucha tristeza en nuestros corazones pero había la certeza de que estábamos cumpliendo la voluntad de Dios y que Él peregrinaba a nuestro lado. Todo era difícil en nuestro nuevo hogar, pero lejos de desfallecer nuestra fe se mantenía firme... algo mejor tendría Dios para su rebaño.

¡Oh Dios qué cosas tan grandes hace el amor! Santa Ma. Eufrasia

La esperanza no desfalleció en ningún momento de nuestro peregrinar, era una gran obra y tenía que fortalecerse al pie de la cruz, esa convicción mantenía viva nuestra fe. En aquel momento éramos una hermosa y creyente comunidad cristiana apegada a la voluntad divina, no obstante las necesidades económicas, la reducción del espacio, la lejanía

de los servicios básicos, parecían tan difícil y a lo largo del camino algunos se debilitaban, pero otros los animaban a continuar, con la certeza de que el amor de Dios no nos abandonaría nunca. “Hasta aquí nos ha socorrido El Señor” 1Sm 7, 12.

El 2015 nos encuentra en esta situación, pero la oración de muchos nos sostenía y continuábamos siendo una pequeña comunidad creyente en el corazón de nuestra madre la Iglesia; es así, como en el tiempo menos esperado sucede el gran milagro por nosotros anhelado; milagro fruto del amor, la misericordia y el celo por la salvación de las almas que movía a las hermanas del Buen Pastor. Las puertas del convento se abrieron para dar albergue a la comunidad Casa Hogar San Gabriel, era una propiedad inmensa. El éxodo había concluido y nos encontrábamos ahora en una tierra que manaba leche y miel. “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” Sal 125, 3.

Era el tiempo del encuentro del que sirve y del que es servido; de la prontitud de quien reconoce la necesidad del hermano y acude a su encuentro, tal y como

nos enseña la Virgen María en su visita a su prima Santa Isabel.

“Pero entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo el niño saltó en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “¡Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!, ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor?” Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó en mi vientre. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!” Lc.1, 39-46

Este es el tiempo de Dios, los días del Señor, el tiempo de la misericordia: como los de la Virgen María quien acude presurosa al servicio de su prima que la necesitaba y se da un encuentro de profundo amor, de servicio al más débil. La alegría de servir se hace notar en la virgen María y la gratitud en la prima Santa Isabel. María toma una decisión firme y se aventura a pesar de su condición de embarazo a dirigirse a casa su prima, solo animada del deseo de servir.

Hoy la historia se repite, ante el conocimiento de las dificultades y la crisis que atravesaban los residentes de Casa Hogar San Gabriel, las muy queridas hermanas del Buen Pastor no dudan en acudir presurosas al auxilio del más pobre entre los pobres, ¡Maravilloso encuentro de misericordia! La acogida de las hermanas, la alegría del servicio se constituyen en un testimonio para cada uno de los integrantes de Casa Hogar San Gabriel.

Es la alegría de quien da y la gratitud de quien recibe, como María e Isabel. Entre las hermanas del Buen Pastor y los usuarios del hogar permiten que se dé el milagro del encuentro, donde unos y otros se sienten bendecidos desde una experiencia intensa de amor, entrega, servicio y misericordia. No pasa mucho tiempo para que las hermanas acojan como propia la obra del hogar San Gabriel, desde la oración constante que siempre ha acompañado al hogar, pero esta vez con mayor énfasis. Cada muchacho es adoptado espiritualmente por una de las hermanas quien adquiere el compromiso de acompañarlo en su difícil proceso de rehabilitación.

La llegada de los muchachos a los espacios propios de las hermanas del Buen Pastor no se limitó solo al espacio físico, muy pronto se estableció un sorprendente vínculo de afecto y acompañamiento, la vocación de las hermanas y su opción por las salvación de las almas, las llevaron a un profundo compromiso con el dolor de la persona adicta, particularmente el de los jóvenes del hogar San Gabriel, a los cuales ellas consideraron su compromiso espiritual. De forma particular las hermanas adultas mayores, aprovechaban cualquier espacio para catequizar y sembrar esperanza en quienes por su historia y enfermedad habían perdido la fe. ¡Maravilloso encuentro de vida y esperanza!

Por otra parte, ¿qué pasaba en los muchachos del Hogar San Gabriel? Había muchas cosas que no lograban entender: el amor profundo que las hermanas les profesaban, la preocupación de ellas por cada uno, la sensación de paz que ellas les transmitían. Su deseo era estar cerca a las hermanas, escucharlas y ser escuchados por quienes, ellos decían, transmitían la misericordia y presencia

de Dios. Lo cierto es que este maravilloso encuentro se constituyó en una riqueza para unos y otros.

Los jardines del hermoso lugar se llenaron de jóvenes que por cariño a las hermanas trabajaban arduamente con gran alegría, los terrenos baldíos volvieron a tener vida y la huerta volvió a dar frutos, la capilla de la comunidad ya no se limitó a albergar solo a las hermanas, ahora había un rebaño de ovejas que acompañaban sus Eucaristías.

- ¡Maravilloso encuentro de amor y de esperanza que logró que muchas crisis y heridas del pasado fueran sanadas por la sonrisa, la escucha amable, consejos sabios de las hermanas!
- ¡Maravilloso encuentro que devolvió la esperanza y la fe a aquellos navíos que por mucho tiempo se habían extraviado!
- ¡Maravilloso encuentro que permitía a las hermanas vivir intensamente su cuarto voto de celo por la salvación de las almas, que se constituía en lo esencial de su vocación!
- ¡Maravilloso encuentro que dibujó sonrisas de unos y otros,

que sembró semilla de vida en hermanas y jóvenes!

Las puertas del convento de las hermanas del Buen Pastor se abrieron para albergar a un grupo de adictos que habían perdido la esperanza y luchaban contra tan dolorosa enfermedad de la adicción. Las puertas del convento se abrieron y esto no fue suficiente, porque con prontitud y misericordia se abrieron con mayor amplitud las puertas del corazón de las hermanas, para albergar dentro de cada joven la dignidad, que la droga le robó.

La Casa Hogar San Gabriel dio un giro en su historia particular, ahora las hermanas del Buen Pastor están presentes en el proceso de tratamiento, aportando un elemento fundamental a la recuperación de los jóvenes, la espiritualidad marcada por la misericordia de Jesús Buen Pastor.

Mientras tanto en el convento parece que la voz de Santa Ma. Eufrosia volviese a hacer eco:

“Que el celo por la salvación de las almas las devore, sea esta la ocupación de su vida. Este pensamiento las acompañe en sus oraciones, para hacerlas más fer-

vorosas; en sus comuniones, para animarlas de los más santos afectos; en el cumplimiento de sus deberes para que el fuego de la caridad las abrace”.

¡Oh Dios, qué cosas tan grandes hace el amor que permite tan maravilloso encuentro, que solo desde los proyectos y designios de Dios puede ser explicado y entendido!

Esta es una experiencia de Iglesia, de comunión fraterna,

de acompañamiento caritativo, encuentro de misericordia, de puertas abiertas, de sonrisas dibujadas, de esperanza latente, de acogida amorosa y enriquecimiento mutuo, de celo ardiente por la salvación de las almas, de compromisos cristianos y de una historia que se vuelve a repetir...

María, alegría y prontitud en el servicio
Isabel, gratitud y admiración por ser servida.

SUBSIDIO

CULTURA DEL ENCUENTRO

Desde el estilo relacional de Jesús y en vista a la salida misionera

Esquemas para la Lectura Orante
del Icono de la Visitación

SUGERENCIAS PARA AMBIENTAR LA LECTIO DIVINA

1. Nos puede ayudar a ambientar el espacio de oración una imagen o símbolo, que representen manos juntas de diferentes colores, unas huellas, una vela encendida y colocar la Santa Biblia, Palabra de Dios, abierta.
2. Antes de la invocación al Espíritu Santo se puede escuchar el audio “cultura del encuentro”. <https://www.youtube.com/watch?v=vZJn7plj7NU>

1. INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Dios misericordioso, tú que saliste al encuentro de los discípulos de Emaús, concédenos un espíritu misionero para salir al encuentro de nuestras hermanas y hermanos, para unirnos a su caminar cotidiano, escuchar sus tristezas y alegrías, encender sus corazones con el fuego de tu Palabra, prepararlos a reconocerte en la Eucaristía y enviarlos como discípulos misioneros a compartir la alegría del Evangelio a generaciones presentes y futuras de toda raza, lengua y cultura.

Te lo pedimos desde nuestros corazones ardientes en el Espíritu Santo, en nombre de tu Hijo amado y por la intercesión de nuestra Madre María de Guadalupe, Estrella de la Nueva Evangelización. Amén (Oración del Quinto Encuentro Nacional de Pastoral Hispana/Latina)

2. PARA DISPONER EL CORAZÓN

En un momento de silencio, trata de entrar en tu corazón habitado por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Advierte esta presencia y agrádela. Junto con esta presencia trinitaria, ¿Qué otras presencias habitan tu corazón este día? ¿Qué situaciones, personas, sentimientos, etc.? Puedes escribir en el siguiente cuadro la respuesta a estas preguntas:



3. OREMOS CON LA PALABRA

LECTURA: “¿Qué dice el texto?”

Como Vida Consagrada Latinoamericana y Caribeña, estamos meditando en el Icono de la Visitación. Éste, tiene su raíz en la Visitación que Dios mismo le hace a María por medio del ángel Gabriel. Llena del *Espíritu Santo*, María recibe la visita, concibe en su seno a *Jesús*, y emprende su camino, aprisa, lo que la llevará al encuentro con su prima Isabel. De este encuentro se generan otros encuentros, donde el escenario es la alegría de la vida de las dos mujeres y de las criaturas que llevan en ellas. El encuentro de María con Isabel, desatará la irrupción del Magníficat en labios de María. Escuchemos con fe y amor esta Palabra:

Cultura del encuentro

Lectura del Evangelio de Lc 1, 39-56:

“En aquellos días se puso María en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Así que Isabel oyó el saludo de María, exultó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo, y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno. Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le dijo de parte del Señor: Dijo María: Mi alma magnifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo. Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo, y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Según lo que había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre. María permaneció con ella como unos tres meses, y se volvió a su casa.

Palabra de Dios.

- *Repasa el texto una o dos veces con la mirada.*
- *Pregúntate: ¿Cuáles llamadas te hace el Señor por medio de este texto? ¿De dónde brotan tus alegrías? ¿De qué manera tus encuentros son manifestaciones de la alegría, ante la presencia de Dios? ¿Hacia dónde y hacia quiénes, te conducen tus pasos? ¿Cuáles situaciones te llevan a ir aprisa? ¿Son estas situaciones causas que te llevan a despertar el magnificat en ti y en los otros?*
- *¿Qué dinamiza en ti, este mensaje? ¿Qué novedad me permito reconocer y acoger?*

Para interiorizar y hacer más tuyo el texto, puedes subrayar o memorizar algunas de sus expresiones.

¿Qué palabra o frase de este texto bíblico pueblan en este día tu corazón? ¿Cuáles sentimientos identificas que estén presentes en ti? Si deseas, escribe aquí tus mociones:

- *Puedes compartirlas en comunidad, a manera de eco, en voz alta.*

MEDITACIÓN: “¿Qué me dice el texto?”

Escoge un momento, detente y quédate en aquella palabra, frase y sentimientos que has escrito antes. Repítelos en tu interior por algunos segundos. Guárdalos en tu corazón en unión con María, que Ella te enseñe a meditarlos.

Expresa por escrito en el cuadro, la invitación principal que te hace la *Ruah Divina* a través de este texto:

- Pistas desde el Horizonte Inspirador de la CLAR para seguir profundizando en la riqueza de la Palabra:

*La Vida Consagrada Latinoamericana y Caribeña clama hoy por*¹:

Dinamizar una cultura del encuentro que tenga en cuenta el estilo relacional de Jesús. Una cultura que sabe entrar en diálogo ecuménico e interreligioso, que va más allá de los prejuicios externos e internos para fomentar una eclesiología de comunión y participación incluyente, nos ayuda a revisar nuestros estilos de vida personales y comunitarios y nos impulsa a una salida misionera evitando la autorreferencialidad.

*Horizonte de Novedad 2015-2018*²:

Nos comprometemos a dinamizar la cultura del encuentro, fruto e impulso de nuevas dinámicas de relaciones, que se constituyan en criterio transversal de todos los compromisos que hemos asumido y den un impulso humanizador a nuestras comunidades en salida misionera.

- Pistas desde las invitaciones que nos hace el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*:

La cultura del encuentro

Al inicio de la *EG* el papa Francisco hace una exhortación a todos los cristiano: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”³.

Sólo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente

¹ CLAR, Horizonte Inspirador 2015-2018, pág. 9.

² Idem, pág. 22.

³ *Evangelii Gaudium* n. 3.

te humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora⁴.

La cultura del encuentro a la que hace referencia el papa Francisco demanda a la Iglesia que viva desde el “aprisa de María”. Afirma el papa que “La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse»⁵.

Ante el individualismo posmoderno y globalizado, la cultura del encuentro es una propuesta a salir del mismo y avanzar cada vez más al encuentro del otro, acogido en su ser como don⁶. De ahí que la acción pastoral “debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales”⁷.

A medida que, como Vida Consagrada, asumimos la actitud de María de salir aprisa al encuentro de su prima Isabel se van generando otras actitudes y desafíos; al respecto refiere el papa Francisco: “sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de so-

⁴ *Idem*, n. 8.

⁵ *Idem*, n. 24.

⁶ Mensaje del papa Francisco para la Cuaresma 2017.

⁷ *Evangelii Gaudium*, n. 67.

lidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¿sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien”⁸.

Necesitamos asumir desde María el aprendizaje oportuno, que nos lleve cada vez más, a crear las condiciones, para que sea posible la cultura del encuentro a la cual nos invita el papa Francisco. Ella, “mujer orante y trabajadora en Nazaret, es también nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (Lc 1, 39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización”⁹, le pedimos pues, que nos siga mostrando los caminos que nos lleven a nuestro amigo Jesús y a nuestros hermanos.

ORACIÓN:

“¿Qué le digo a Dios con este texto?”

- Ahora es el momento de expresar al Señor lo que está presente en tu corazón después de haber escuchado su Palabra: ¿Cuál es la invitación latente en tu ser que puedes recoger aquí y ahora?
- ¿Cuáles caminos necesitas recorrer, para vivir la actitud de María de salir aprisa hacia el encuentro de y con los otros?
- ¿Quiénes son esos otros?

Puedes escribir lo que te brota de tu interior en el siguiente cuadro:



⁸ Idem, n. 87.

⁹ Idem, n. 288.

CONTEMPLACIÓN:

- Es el momento de rumiar, contemplar la experiencia que acabas de vivir, que te ha sido regalada.
- A manera de consigna eliges una frase que te acompañe para vivir de manera atenta la actitud de María de Nazaret en su disponerse para ir al encuentro de otros.

4. LLEVEMOS LA PALABRA A LA VIDA

Antes de terminar este momento de oración, hagamos presente con nuestras acciones el dinamismo de la Palabra, de manera que a toda persona que encontremos en los caminos la honremos “como a Cristo, y sacien juntos/as su hambre, su sed de justicia, de relación...” Podemos preguntarnos:

¿Cuáles compromisos asumir HOY como Vida Consagrada para salir aprisa, como María, al encuentro de la Vida?

¿Qué actitudes hemos de potenciar en nuestras personas, comunidades y en la vivencia de nuestros carismas, para ser VC que vive desde el estilo relacional de Jesús fomentando con ello la “cultura del encuentro”?

Dios nos ha salido al encuentro, su misericordia ha desatado en nosotros el magnificat. Con María *¡Salgamos aprisa al encuentro de la vida! y seamos servidoras y servidores.*

- *¿De qué manera podemos lograr que nuestras comunidades sean lugares a partir de los cuales se vive y se ejercita la “cultura del encuentro”?*

* Compartimos a manera de oración, con María, nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «sin demora» (Lc 1, 39), nuestro propio magnificat.

En el cuadro, si lo deseas puedes escribir el canto magnificat que te brota desde lo más profundo.



Oremos

Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

RESEÑA

PIKAZA, Xavier; DA SILVA, José Antunes, [et al.], *El Pacto de las Catacumbas*. La Misión de los pobres en la Iglesia, España, Verbo divino: 2015, 521 págs.

Reseñado por: P. Jean Hérick Jasmin, OMI

Desde hace dos años, se publicó un libro revelador de la acción del Espíritu sobre un grupo de obispos participantes del Concilio Vaticano II (1962-1965). En efecto, al final de aquel evento, unos 40 obispos de varios países del mundo -ver, lista de los firmantes, págs. 23-25- se reunieron en la Catacumba de Domitila para celebrar una misa y firmar un texto que expone la “misión de los pobres en la Iglesia” conocido como “Pacto de la Catacumbas”. El libro se publicó gracias al esfuerzo de varios autores para hacernos revivir tal acontecimiento en el marco del 50 aniversario del Concilio Vaticano II, celebrado por toda la Iglesia como un hito en su historia milenaria. La versión española es de la Editorial Verbo Divino del año 2015.

Además de su profundo contenido: un testimonio profético; un análisis crítico del compromiso de la Iglesia y su importancia para la teología y la vida cristiana; este libro, desde una vertiente antropológica, expone el compromiso misionero y social de la Iglesia con los pobres y la misión de ellos en la Iglesia. Se siente de manera subyacente al proyecto de los firmantes del texto una invitación dinámica para “salir al encuentro” de los marginados de todos los tiempos. Por eso, el espíritu del “Pacto de las catacumbas” ha guiado muchas iniciativas cristianas durante los últimos años en el conjunto de la Iglesia católica en el mundo, especialmente en América Latina, donde tuvo especial repercusión en las reflexiones alrededor de “una opción preferencial por los pobres”.

Por consiguiente, las religiosas y los religiosos animadas/os en indagar sobre el fundamento de algunas iniciativas significativas cristianas en los cincuenta últimos años, después del Vaticano II, están invitados a leer este libro. Es un escrito inspirador para una “cultura del en-

cuentro”, en el sentido de fomentar una mentalidad que favorezca el intercambio y comparta la riqueza de las tradiciones y experiencias. El ejemplo de los Obispos que firmaron este “pacto”, va en el sentido de concientizar, crear lazos y vivir en comunión con las minorías, especialmente con los pobres. Esta cultura del encuentro, es la que la Vida Consagrada de hoy nos llama a construir en la alegría del Evangelio y en la Iglesia de hoy.

SEDE CLAR

Confederación Caribeña y Latinoamericana de Religiosas y Religiosos - CLAR

Calle 64 No. 10 - 45 Piso 5 - Apartado Aéreo 56804 - Bogotá, D.C. Colombia
Tels: 310 0481 - 310 0392 - Fax: 217 5774

Secretario General: clar@clar.org

Secretaria Adjunta: clarbde@clar.org

Revista: revistaclar@clar.org

<http://www.clar.org>

CONFERENCIAS

ANTILLAS - CRA: confrant@yahoo.com

ARGENTINA - CONFAR: confar@confar.org.ar

BOLIVIA - CBR: cbr@entelnet.bo

BRASIL - CRB: crb@crbnacional.org.br

CHILE - CONFERRE: sedecentral@conferre.cl

COLOMBIA - CRC: crc@telmex.net.co

COSTA RICA - CONFRECOR: confrecor@iglesia.cr.org

CUBA - CONCUR: concur@vrencuba.org

ECUADOR - CER: cernacional@gmail.com

EL SALVADOR - CONFRES: confres_sv@yahoo.com

GUATEMALA - CONFREGUA: confreg@intelnet.net.gt

HAITÍ - CHR: chr05_2009@yahoo.fr

HONDURAS - CONFEREH: confereh@yahoo.com

MÉXICO - CIRM: secretariagr@circm.org.mx

NICARAGUA - CONFER: confer.nicaragua@turbonett.com.ni

PANAMÁ - FEPAR: feparpanama@yahoo.com

PARAGUAY - CONFERPAR: conferpar@conferpar.org.py

PERÚ - CRP: sec.general@crp-conferperu.org

PUERTO RICO - CORPUR: cordepr@gmail.com

REP. DOMINICANA - CONDOR: condor3@codetel.net.do

URUGUAY - CONFURU: confuru.uruguay@gmail.com

VENEZUELA - CONVER: conversec@gmail.com



SUSCRIPCIÓN 2017

Favor despegar este cupón y enviarlo a:
revistaclar@clar.org



CLAR

CONFEDERACIÓN LATINOAMERICANA DE RELIGIOSOS - CONFEDERACAO LATINO-AMERICANA DOS RELIGIOSOS
CONFEDERATION OF LATIN AMERICAN RELIGIOUS - CONFEDERATION LATINOAMERICANE DES RELIGIEUX

Nombre y Apellido:	
Congregación:	
Dirección:	Código postal:
Ciudad y País:	
Nueva suscripción:	Renovación:
Tel.:	Fax:
	Mail:
Lugar de suscripción:	Fecha:
Forma de pago	
Efectivo:	Consignación No.
	Banco:
	Factura No.

Valor Suscripción:

Colombia: \$70.000 América Latina y el Caribe: US \$70

Europa: € \$65

Resto del Mundo: US \$80

1. Colombia:

• Cancelar en las oficinas de la Sede CLAR en Bogotá directamente.

• Consignar el valor de la suscripción en la cuenta corriente No. 014790364 del Banco GNB Sudameris a nombre de la Confederación Latinoamericana de Religiosos-CLAR, enviando comprobante de consignación y formato de suscripción diligenciado al fax (1) 2175774. Para consignaciones nacionales (fuera de Bogotá), el valor a consignar es de \$75.000 que incluyen los costos de comisión.

2. América Latina y el Caribe:

• Girar un cheque en dólares americanos pagadero en un Banco de Estados Unidos, a nombre de la Confederación Latinoamericana de Religiosos- CLAR por el valor de la suscripción. Enviarlo por correo certificado a la Sede de la CLAR en Bogotá-Colombia (Calle 64 No. 10 - 45 Piso 5), anexando el formato de suscripción.

• Hacer la consignación en la Conferencia Religiosa de su país, informando a la CLAR a través del correo electrónico: revistaclar@clar.org.

3. Otros países:

• Girar un cheque en dólares americanos pagadero en un Banco de Estados Unidos, a nombre de la Confederación Latinoamericana de Religiosos- CLAR por el valor de la suscripción (si el costo es en euros hacer la debida conversión a dólares para el cheque). Enviarlo por correo certificado a la Sede de la CLAR en Bogotá-Colombia (Calle 64 No. 10 - 45 Piso 5), anexando el formato de suscripción.

REVISTA